

¿SE HAN GASTADO LAS ESTRUCTURAS O LAS PERSONAS?
LOS CINCO EJES DE LA REFORMA DE LA VIDA RELIGIOSA

LUIS ALB. GONZALO DÍEZ, CMF
 REVISTA **VIDA RELIGIOSA**

Los años 50-60 del siglo XX dejaron la geografía de lo que conocemos como Europa llena de inmuebles religiosos. Presencias que, con mucho esfuerzo y no pequeñas dimensiones, nos dieron conocimiento y conciencia de que estábamos en expansión. Se multiplican las fundaciones y las divisiones, se cambian estructuras y crecen de manera notable nuestros institutos. Mucha sangre joven que pide Reino; nuevas experiencias... y empieza un desarrollo que anuncia apertura a otras culturas.

A la vez, la Iglesia, siempre cautelosa a la hora de tomar el paso de lo que acontece se lanza a una experiencia nueva tras casi 100 años y convoca un Concilio. Se cuestiona, interroga, escucha y abre una estructura que se presentaba caduca. Hoy, hablar de la vida religiosa es, sin duda, aludir a generaciones generosas, interrogadas... El resto inspirado que puso en marcha e impulsó aquel ambiente conciliar.

Ese desarrollo ha sido de constante interrogante y formación. La terrible pregunta de las distancias entre lo que proponemos y lo que la gente necesita, sin embargo, lejos de disminuir, ha crecido. Mientras tanto, hemos ido viendo cómo las fuerzas disminuyen, los años se acumulan y el tirón de atractivo que nuestra vocación tiene, no se contagia a los jóvenes de las distintas generaciones. Aquellas casas enormes que eran juniorados, postulados o noviciados, hoy viven la reconversión (industrial) y han pasado a ser residencias de otra franja de edad (la ancianidad).

Ante esta situación, nos hemos llenado de preguntas y de análisis que no siempre se sostienen en la esperanza. En algunas ocasiones hemos caído en el escepticismo o la perplejidad. Hemos intentado enrocar en una verdad que ya no es tan clara, no hemos asumido el reto de responder en el momento y, en algunas ocasiones, hemos experimentado el ahogo de no poder mantener un patrimonio o herencia numerosa y compleja de otro tiempo. Hemos empezado a aprender un idioma, el de la reestructuración, o misión compartida, o hacer con otros, en edades donde cuesta más aprender nuevas lenguas y estilos.

1. La dificultad para asumir un presente nuevo

- **Ser religiosos en un “cambio climático”**
- **Asumir los desafíos que preocupan a la humanidad**
- **Recrear la vida religiosa para nuestros contemporáneos**

Comencemos refiriendo lo que lo ocurre a una especie: los osos polares¹. La población de osos polares está disminuyendo en nuestro planeta. No se debe a una persecución, sino a un cambio climático. Consecuencia de la pérdida de la masa de hielo, se están quedando sin hábitat. ¿Estará ocurriendo lo mismo a la vida religiosa en los contextos del siglo XXI?

Qué está preocupando hoy y qué nos preocupa a nosotros. Los desafíos de la humanidad y la voz de Dios. Decía recientemente el P. Adolfo Nicolás a los

¹ <http://noticias.aollatino.com/2011/07/20/disminucion-hielo-marino-osos-polares/>

Agustinos: Los religiosos debemos preguntarnos: «¿cómo podemos reducir los sufrimientos de la humanidad?» Jesús recorre el mundo haciendo justamente eso: curando, escuchando. No existen desafíos religiosos. Somos religiosos y por eso nos acercamos a la humanidad desde nuestro ser religioso. Los desafíos de la humanidad son nuestros desafíos, como lo fueron para Cristo».

Desde los desafíos ser capaces de recrear la vida religiosa. Es cierto que la esencia permanece, sin embargo la forma de vivirla y proponerla necesita otros lenguajes, otras formas, otros estilos. Estamos descubriendo que en las sociedades donde estamos podemos ser prescindibles y una de las razones de nuestro estilo de vida es la necesidad.

Nos conviene tener en cuenta una vez más que participamos de una realidad de la cual no podemos, ni debemos, abstraernos². Intuimos cuatro grandes hitos que deben ser tenidos en cuenta para entender los desafíos de la humanidad en nuestro tiempo:

a. La común situación de debilidad.

Los analistas coinciden en un antes y después de la desaparición de las “Torres Gemelas” (World Trade Center) en el país más poderoso del mundo. Comparte nuestro planeta la conciencia de una convivencia insegura a pesar de la aparente “seguridad” de las naciones más desarrolladas.

b. La transformación y generalización del fenómeno migratorio.

En el siglo XXI más de un millón de personas abandonan cada año su país. Más de 700.000 aspiran a la libertad a través de peticiones de asilo. Globalmente unos 191 millones de personas viven fuera de su país de origen y unos 26 millones son desplazados en su propia nación³. Sólo, a modo de ejemplo, podemos recordar que en un continente, Europa, viven 37 millones de personas que no han nacido en él. El potencial numérico de un país, que nos da noticia de la relativización de las fronteras desde las cuales establecíamos el antiguo concepto de misión.

c. Un mundo profundamente comunicado y distanciado.

La fragmentación mundial nos evoca un especial giro en la *missio* que el Espíritu está sugiriendo. La fragmentación y distancia entre quienes pueden y quienes no tienen derecho a nada no sólo se mantiene, sino que ha crecido. Hay una notable transformación y es que los flujos no se corresponden con el tradicional norte a sur, sino que las masas de desfavorecidos están presentes en todas las culturas y todos los contextos. La comunicación impresionante de las redes, lejos de aminorar la distancia entre ricos y pobres está contribuyendo, eficazmente, a perpetuarla.

d. Conciencia de la necesaria ecología

Consecuencia, con toda probabilidad, porque nunca como ahora se ha atentado contra el don de la creación. No siempre el progreso va acompañado del respeto a la integridad de la creación. Ésta está condicionada por un valor emergente que es la economía y porque nunca, como ahora, hemos tomado conciencia de la debilidad

² Cf. GONZALO-DÍEZ, L.A., *Teología de la misión*, Pel, Madrid 2012

³ PHILIPPE BERNARD, *No todos los emigrantes son libres e iguales*, en *Le Monde*, “Atlas de las migraciones” (2012) p. 116

de la humanidad cuanto más se separa del medio que necesita para realizarse antropológicamente. Esta luz se ve ensombrecida por la frecuente violación de la naturaleza en aras del desarrollo o por la desnaturalización del concepto en sí del valor ecológico. Como afirma Gilles Lipovetsky, se da una tranquilización ecológica “pintándolo todo de verde”.

2. Necesitamos comprender el cambio de época

Entender la misión del Espíritu en el mundo comporta releer los signos de incertidumbre de este tiempo como oportunidad. Es necesario conocer la interpretación del momento de algunos analistas. Las realidades que todos contemplamos adquieren, con el análisis, puntos de comprensión y encuentro para llegar a dibujar en qué puede consistir, para nosotros, la misión del Espíritu. Así, por ejemplo:

1) *El cambio vertiginoso de los últimos años.*

La humanidad tiene que adaptarse culturalmente a las condiciones de un mundo técnico-civilizado. Irenäus Eibl-Eibesfeldt analizó en profundidad el asunto y concluye que nace una situación nueva en la cual se sitúa la persona de este tiempo y es el **anonimato** y la **ruptura con la herencia**. Esto nos presenta dos lugares claros de la missio: por un lado el desarrollo y cuidado de la fraternidad y, por otro, no dar nada por supuesto, ni tomar puntos de partida de principios culturales o religiosos sabidos, porque no existen⁴.

2) *El mundo es una cibercultura.*

Es evidente que nuestra realidad está afectada por la cibercultura. Para bien y para mal, en síntesis ambigua de desarrollo y marginación, **internet es una nueva clave de comprensión de la humanidad**. También de la misión y, en ella, de la vida religiosa. Pierre Lévy sostiene que se trata de vivir en él y sobre él «sorteando las olas cual tabla de surf». «Sencillamente, internet es mucho más potente que la imprenta, la radio o la televisión, porque permite una comunicación de tipo transversal y una mejor explotación de la memoria colectiva»⁵.

3) *El conocimiento de los límites.*

En medio de tanta posibilidad, la mayor aportación al conocimiento consiste justamente en conocer los límites del mismo... **Nuestro mundo no consigue liberarse de ciertas incertidumbres**. Edgar Morin, señala que esto es realmente una posibilidad para tiempos nuevos ya que nos libera del peso de un lastre histórico que ha conllevado no pocos desastres. Señala en sus principios para la esperanza cómo la humanidad está abierta a un tiempo nuevo, si sabe leerlo y extraer consecuencias de lo que algunas seguridades han acarreado a lo largo de la

⁴ IRENÄUS EIBL-EIBESFELDT, *Comunicación y sociedad de masas*, en http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/Eibl_Eibesfeldt/ComunicacionYmasas.htm (pág. consultada el 10.05.2012).

⁵ PIERRE LÉVY, *L'intelligence collective, notre plus grande richesse*, en http://www.lemonde.fr/technologies/article/2007/06/23/l-intelligence-collective-notre-plus-grande-richeesse_927305_651865.html (pág. consultada el 10.05.2012).

historia: fanatismos, integristas, superioridad cultural de occidente respecto a oriente⁶.

4) ***El mundo necesita respuestas lúcidas y responsables.***

Son tiempos de un mundo que vive en incertidumbre y que necesita respuestas lúcidas y responsables. Zygmunt Bauman afirma que ante la ruptura de las certezas fijas de ayer, **en un contexto en el que todo fluye, es necesario generar respuestas creativas, lúcidas y responsables.** Hay una clave que aglutina, es el amor que además “siempre necesita hacerse de nuevo y rehacerse día a día, hora a hora; resucitarlo constantemente, reafirmarlo, atenderlo y preocuparse por él”⁷. Está claro que desde nuestra particular lectura de la misión del Espíritu en el mundo, aquí se abre una incuestionable oportunidad.

3. **La pregunta por la identidad**

- **Simplificar los frentes**
- **Volver a las raíces de libertad y originalidad**
- **Crecer en el diálogo inter-vocacional e intercultural**

La cuestión de la identidad no está resuelta. Creíamos que la situación era de desgaste de estructuras... pero es posible que lo que esté gastada sea la persona. Queremos que, en verdad, sea un tiempo nuevo y no siempre lo logramos. El problema está en querer conservar odres que ya hoy no pueden dar cabida al vino nuevo. Hay muchos signos y presencias que no se entienden. Hay también estilos y estructuras de misión que responden a un ayer social y eclesial que hoy no existe. Empiezan a hablar un número significativo de autores diciendo que la verdadera reestructuración de la vida religiosa es una conversión llevada a sus extremos. Un giro significativo hacia la debilidad que comience expresándose por estructuras y organigramas más débiles y comprensibles, cuidando una estética de la frugalidad que nos haga no sólo dialogantes sino posibles para las sociedades donde debemos estar.

Cuando el cambio consiste en resituar las fronteras, cambiar nombres y límites jurídicos, erección de coordinadoras, secretariados y comisiones hay que reconocer que, aun siendo la intención loable, las consecuencias son dramáticas en una población cada día más cansada y envejecida. Ha cristalizado una etapa nueva, es la del decrecimiento y significatividad. Se impone una vuelta a los orígenes en aquellos aspectos que no han caducado y tienen vigencia. Hay dos pasos incuestionables que, antes o después, todas las instituciones tienen que afrontar. **El primero es recuperar a la persona y que vuelva al Espíritu, y el segundo, que esa vuelta esté encaminada hacia una comunidad significativa, fraterna y pobre.**

Desde ahí, podemos, efectivamente, atrevernos a evaluar, reducir o ampliar presencias. Si no se recrea la comunidad como centro de misión, las decisiones tomadas tienen una fecha de caducidad muy corta, las fuerzas de las personas muy limitadas y garantizada la pura acción personal. Todo indica que hay un ciclo que se

⁶ EDGAR MORIN, *La vía. Para el futuro de la humanidad*, Paidós, Barcelona 2011, p. 284-286

⁷ ZYGMUNT BAUMAN, *El arte de la vida*, Paidós, Barcelona 2008, p.159

ha cubierto y la apertura al nuevo no puede llegar por el puro agotamiento, sino por el convencimiento personal de un camino que es comunitario.

Me parecen muy oportunos los cinco caminos que esboza Vicente Vide para la nueva evangelización en su obra *Comunicar la fe en la ciudad secular*⁸. Creo que esos cinco caminos son también los que tiene que transitar la vida religiosa si quiere ser en el siglo XXI.

“El primer camino es la búsqueda del sentido de la vida; el segundo la belleza, umbral del misterio; el tercero, a Dios por la ciencia; el cuarto la espiritualidad, sendero de trascendencia y el quinto, el testimonio y la caridad”. Son cinco caminos imprescindibles que, en realidad es uno: Dios.

El religioso del siglo XXI puede centrar su vida en Aquel que le dio sentido, superando, en palabras del Papa, la tentación del funcionariado. Puede, también, recrear la propuesta de seguimiento cuidando la belleza en lo que celebra y vive, superando así, la mediocridad y el “todo vale”. Tiene opción de abrirse a la formación interdisciplinar porque ha descubierto que es imposible conocer a Dios, sin el conocimiento y el amor al mundo en el que Él se manifiesta. Puede transformar los caminos de actividad, voluntarismo y consumo, en misión en el que las comunidades sean auténticas “escuelas de espiritualidad” y, en ellas, los religiosos y religiosas maestros del Espíritu para nuestro tiempo, y, finalmente, puede experimentar un doble éxodo, sociológico y económico, viviendo un viaje (sin retorno) hacia la periferia, la inmigración, la interculturalidad... hacia la calle. Intuyo que la ansiada reestructuración, que nos llene de vida, transita por esos cinco caminos.

a. La vuelta a los orígenes

Hay que valorar muy seriamente todo el trabajo emprendido en nuestras congregaciones al final de los años 60 del siglo pasado. Se evidenció la posesión de un patrimonio rico y novedoso.

Hemos trabajado en ese cuidado patrimonial. Nos hemos formado, y compartido. A veces hemos estirado el carisma hasta la extenuación, sin darnos cuenta de que los carismas son y deben ser signo de eclesialidad, y nos hemos cerrado en lo nuestro. Es muy significativo cuando decimos “esto es nuestro” para aludir una obra apostólica, porque no pocas veces lo que queremos es asegurarla y no cambiarla.

Viene ahora una etapa, es la del decrecimiento. La simplificación. La vuelta a la libertad primera. No lo hemos captado bien pero en realidad **el momento que estamos viviendo es de profunda libertad**. El Señor desde nuestras pobreza nos está posibilitando la vuelta, en libertad, al carisma más original. Es un proceso que puede parecer doloroso, pero, en realidad, es profundamente liberador y sencillo. Es algo así como dinamizar el carisma. La cuestión no es tanto conocer datos, cuanto conocer cómo responde el carisma a este momento. En esta línea, nadie nos puede enseñar tanto como nuestros fundadores que, con lo puesto, se lanzaron a la construcción de una gran apuesta apostólica.

⁸

Cfr. Sal Terrae, Santander 2013.

Todo nos indica que una de las vías de formación de este tiempo es el **decrecimiento**. Poéticamente suena bien. Vitalmente hace mucho daño porque es algo así como una poda para la que no estábamos preparados, dispuestos o formados. Una poda siempre es dolorosa: presencias, personas, estilos, tradición. Estamos invitados a poner entre paréntesis una cultura o *humus* en el que hemos crecido, para asomarnos a una ventana que nos anuncia provisionalidad e intemperie.

Verdaderamente la vida religiosa tiene que abrirse creativamente a esta nueva etapa de su historia. Y tiene que hacerlo desde su potencial más originario que es ser **una vida en fe**. Por eso abordará, sin miedo, un proceso doloroso, pero lleno de vida que es asumir un tiempo nuevo a la luz del Espíritu y que le pide un decrecimiento en clave de sábado Santo, no de muerte, sino esperanzado en la Vida. Por eso, la puerta de la fe, es en la comunidad religiosa un completo programa de reforma expresado en algunos criterios en clave de “**RE**”⁹:

1. Trabajar la **significatividad de la comunión**. O, lo que es lo mismo, atrevernos a **reevaluar** y **reconceptualizar** aspectos que, por sabidos, los manejamos sin vida, sólo por la fuerza de la costumbre. Ha llegado el momento de nos seguir haciendo las cosas porque sí, sino por un sí creativo de fe. Hay que dar dimensión a la oración y celebración comunitarias; a la asamblea de la comunidad, la revisión de vida, los bienes compartidos y la obediencia de la comunidad a la misión.
2. Preguntarnos, desde la fe, cómo **encarnar la presencia de Jesús en los “no lugares de Dios”**. O, lo que es lo mismo, buscar el rostro de los pobres, como nuestro rostro. Sin duda esto exige **reestructurar y redistribuir**. Una de las claves de vida es la necesidad. La auténtica reestructuración nace – debe nacer – de la lectura coherente de la realidad desde la *missio Spiritus*.
3. Abrirnos a la urgencia de **comprender las nuevas situaciones de la humanidad**. Sobredimensionar en el compromiso de la vida religiosa la contemplación. O, lo que es lo mismo, **relocalizar nuestros intereses** y acciones. Son tiempos en los cuales se impone una capacidad de reflexión, interiorización y contemplación que nos permitan tomar decisiones arriesgadas y urgentes liberadas de los impulsos o de la mirada a corto plazo.
4. Y **recuperar la identidad**, la conciencia y un nuevo itinerario vital. O, lo que es lo mismo, **reducir, restituir y reponer**. La vida religiosa es una propuesta para minorías, para el signo. Llegó el momento de superar ciertas nostalgias gloriosas que no nos están dejando tomar el pulso a la realidad y posibilidad real de la vida religiosa de este tiempo.

b. La cuestión de lo «INTER»

La vida consagrada ha estado tentada siempre de crear lenguaje. Puede interpretarse como algo negativo. Algunos autores llegan a hablar de 'evasión de la realidad'. Más bien, nos inclinamos a pensar que esto es consecuencia de los dinamismos interiores y siempre misteriosos de la consagración. La creación de lenguaje suele estar respaldada de una profunda espiritualidad, lectura amorosa del momento y la pasión misionera que se encierra en toda vocación a la vida consagrada. Llevar los

⁹ LATOUCHE, S. o.c. p.144

valores evangélicos a la realidad invita a transformar la misma, incluso a exagerar el cambio, provocar o iluminar el hacia donde siendo conscientes de que este nunca será exacto a lo que vivimos. Aquí está la radicalidad misteriosa y fecunda de las parábolas, por ejemplo. Se trata de exageraciones que extraen al oyente y al que medita de la vulgaridad de lo sensible, que, por otra parte es manifestación de Aquel de quien se habla.

Inter es un prefijo muy presente en la cultura del siglo XXI. Nos alude a estar. Lo expresa con claridad S. Bauman en su obra “Tiempos líquidos”: «necesitamos estar separados pero juntos». El autor lo refiere a las estructuras de ejecución y desarrollo de nuestras ciudades. Los barrios deben estar comunicados y tener obras comunes. Lo mismo ocurre con los inmuebles, pero es un signo de prestigio, de bien vivir y confort que esté bien marcado nuestro territorio, que nos diferenciemos... Incluso que las parcelas estén suficientemente claras para que nadie pase de su zona, a otra que no le pertenece. Recordemos los rótulos que inundan nuestras ciudades, también las propiedades de nuestras instituciones: “propiedad privada. No pasar”. Tenemos asumido y, bien asumido, que este momento es **intercultural**. Es una asunción teórica. Prácticamente ese diálogo no pasa de los planteamientos iniciales, porque como veremos, interculturalidad es mucho más que un diálogo entre verdades que no buscan encontrarse o complementarse. La teología de la vida consagrada, todavía acusa esa falta de diálogo interdisciplinar con todas las ciencias y todas las culturas.

También en términos de misión es frecuente que aunque nuestra motivación sea honesta, en realidad, no lleguemos a la profundidad de lo que el diálogo exige y nos quedemos en mera justificación de la variedad. El sólo reconocimiento de lo diverso como válido no 'convalida' el esfuerzo de misión. Estamos aludiendo a un todavía más. Un proceso interno (de la persona e institución), sereno (dejándonos hacer de nuevo, nacer de nuevo, ser de nuevo) y decidido (que configure las expectativas y decisiones en orden a un desprotegernos y desnudarnos) que nos conduzca a la integración de lo diferente como anuncio, no sólo posible del Reino, sino explícito para mí y ahora.

Es aquel proceso que va de la curiosidad, pasa por la literalidad y llega a la integración. Un proceso parecido al aprendizaje de un idioma distinto al nuestro de nacimiento. En términos de misión *inter gentes*, tenemos que reconocer que estamos en un primer momento. Conociendo con curiosidad que los procesos vividos por otros no son descabellados o carentes de valor. Pero es una literalidad externa a nosotros. Todavía no ha cambiado el corazón. Eso sí, como hijos de este tiempo, nos motiva lo **inter**, lo comunicado. El conocimiento en segundos de lo que otros viven, hacen o sueñan... Pero llega a calar o cambiar nuestra forma de leer la vida, es algo más que un conocimiento teórico o un discurso académico.

4. La necesidad de superar un discurso endogámico

- Dejar de repensarnos para aprender desde la realidad
- Abrazar la centralidad de la misión

- **Reconocernos en un nosotros comunitario real**
- **Liderar la apuesta por la fraternidad eclesial**

La vida religiosa necesita un descentramiento. Algo así como lo que nos está proporcionando el Papa Francisco. Está **desequilibrando** los discursos convencionales. Nos está llevando a salir de una costumbre en la cual ya sabíamos qué teníamos que hacer, decir y esperar. Cuanto más logremos dejar de pensarnos, más ocupados en la causa del Reino estaremos. Sólo un indicador. El servicio de gobierno en la Vida Religiosa debe servir para impulsar, cohesionar y afianzar la misión. Lógicamente con un cuidado exquisito de la persona de cada religioso o religiosa. La pregunta del millón es cuánto tiempo dedicamos a esto y cuanto, en realidad, a «apagar fuegos» o poner parches, solucionar problemillas, promover destinos no para que la misión se afiance, sino para que la convivencia sea posible.

Hay que introducir a las comunidades religiosas en una **nueva lectura de su realidad**. No lo que ellas y cada uno de nosotros leemos de Dios, sino dejarnos mirar por él. Es la sola y única objetividad, **dejarnos mirar por Dios** para entender el momento, tal cual es. Y nosotros en él sirviendo a hacer posible el Reino. Muchos quebrantos vienen de una imagen distorsionada de Dios y, por tanto de la misión. Leídos, sin embargo por el mismo Dios, entenderemos el tiempo presente, como en realidad es un tiempo de revelación en el cual nuestras familias religiosas, solo y nada menos deben cooperar a hacerlo posible. En el fondo y en la forma **es una cuestión de fe**, alimentada en la contemplación.

a. ***El centro de la vida es la misión***

Los profetas, como los apóstoles y los fundadores, llegaron a serlo porque se dejaron hacer. Es elocuente acercarse a la vida de estos hombres y mujeres que nos precedieron porque también vivieron la tensión de querer ser: quisieron hacer, proponer y hasta manejar la propuesta. De igual manera, muchos de nuestros proyectos tienen buena intención. Me atrevería a decir que todos. Pero no en todos ellos se deja esa parte que Dios debe decidir... que es la mayor parte. Ni siquiera la lectura de las debilidades la hacemos siempre con la suficiente “unción” como para entender evangélicamente el momento. He podido constatar al acompañar un buen número de congregaciones en procesos de **reorganización** que la fuerza se pone en la necesidad y la urgencia, no siempre en la mística. La pretensión es evangélica, los procesos y pasos no siempre respetan esa clave. La vida religiosa está asumiendo una avalancha de decisiones en las que podemos dar la sensación de no asumir la realidad, el momento vital y espiritual de las familias religiosas, y al no respetarlo, no lo amamos, al no amarlo no lo integramos y al no integrarlo no lo sanamos y lo convertimos en un algo creativo, vivo y con proyección.

Está claro que quien entiende la situación de nuestras familias religiosas es el mismo Dios. Parece meridiano que el futuro próximo nos anuncia una vida religiosa diferente, sensiblemente distinta en la cual nos hemos formado y crecido. Pues bien, de la comprensión intelectual de este hecho a las decisiones operativas que lo faciliten... estamos gastando la mejor parte, que decía el Señor a Marta¹⁰. Afanados en una conservación estéril que nos parece reconocer como empleados en el Reino aunque, en realidad, estamos laboriosos en los «alrededores del Reino»... Porque tenemos mucho miedo a una realidad que desconocemos y nos aterra lo nuevo. De

¹⁰ Cfr. Lc 10, 38-42

ahí que nos parezca muy adecuado para nuestra reflexión sobre el presente y el futuro de la vida religiosa, una mística de la esperanza y el decrecimiento¹¹.

Estamos en un tiempo de profunda reforma social y eclesial. Y en el seno de la Iglesia de profunda reforma de la vida religiosa. Pero ésta no vendrá por el tipo de obras, ni siquiera por el brío que éstas tengan. Vendrá por una experiencia mística. “Porque son los místicos los que siempre salvan la Iglesia en tiempos de desvarío y ceguera...”¹² Los «tiempos líquidos» de S. Bauman, desde un punto de vista esperanzado nos lleva a entender que mantiene vivo el ingenio, abierta la inquietud y la posibilidad de apertura y conexión con otros. A la vez, no obstante, vemos que desde nuestra perspectiva, no deja de ser un tiempo delicado, convulso, no seguro. El mismo autor afirma que «en la modernidad líquida seguimos modernizando, aunque todo lo hacemos hasta nuevo aviso. Ya no existe la idea de una sociedad perfecta en la que no sea necesario mantener una atención y reforma constantes. Nos limitamos a resolver un problema acuciante del momento, pero no creemos que con ello desaparezcan los futuros problemas... incertidumbre, inseguridad y vulnerabilidad». Si bien se podría traducir también como “precariedad”. Es el **sentimiento de inestabilidad** asociado a la desaparición de puntos fijos en los que situar la confianza. Desaparece la confianza en uno mismo, en los otros y en la comunidad.» Ese sentimiento de inestabilidad es, en realidad, una buena posibilidad para situar nuestra opción de vida en la mística, sólo en la mística. Las seguridades de ayer caducaron y tenemos un hoy en el que hay que formular una experiencia vital apoyada en la esperanza en contextos vulnerables. Muy probablemente reconocer que nuestro tiempo es líquido, nos ayude a situar la seguridad sólo en aquello que está fuera y más allá de las seguridades de este mundo.

Si se tratase de hacer un elenco de las limitaciones que percibimos en la vida religiosa desde una lectura subjetivista y también corporativa, seguramente insistiríamos por un lado en la pérdida de efectivos... estadísticas que son incontestables. Muchas obras abiertas y pocos religiosos y religiosas; comunidades que en otro tiempo estaban urgidas por la vorágine de la acción, hoy tienen que ocupar sus esfuerzos en la sana supervivencia de paliar las dificultades propias de la edad; obras apostólicas en contextos de misión compartida, más por la necesidad que por la convicción; casas de formación reagrupadas con un curioso giro: de provincial a interprovincial; de interprovincial a continental y de continental a mundial... Grandes titulares que, sin embargo, responden a números mínimos que, en absoluto, van a garantizar en un futuro próximo la subsistencia de las obras que hoy tenemos... Esa es la observación externa. Si nos adentramos un poco más, si vamos al corazón de la vida religiosa descubrimos que, sobre todo, este proceso de adecuación al momento presente ha evidenciado una profunda carencia de fe. Hay muchos **supervivientes** (van viviendo) y pocos **testigos** (viven gozando). Y aquí reside la herida que, sin duda, este tiempo tiene que cuidar si quiere renacer una nueva vida religiosa.

Sin duda, este tiene que ser un tiempo de esperanza real y no un “un tranquilizador remedio para andar por las arduas veredas de la vida”¹³, porque si así lo vendemos y asumimos, en realidad lo que invitamos es a una resignación pasiva que nada nos dice a los religiosos, ni aquellos y aquellas con quienes queremos vivir la misión, porque como afirma Benedicto XVI “todos los creyentes tienen necesidad de ser

¹¹ Cfr. LATOUCHE, SERGE. *La apuesta por el decrecimiento*. Icaria, Barcelona 2009². p. 143s.

¹² GARMILLA, JESÚS. *Vivir en invierno*. PPC, Madrid 2009. p.42

¹³ GARMILLA, J., o. cit. p. 151

confirmados, comprendidos y profundizados de manera siempre nueva, con el fin de dar un testimonio coherente en condiciones históricas distintas a las del pasado”¹⁴. La esperanza nos vuelve a la fe, se nutre del Evangelio y tiene una sola razón de ser: el Misterio de Dios. Pero es cierto que esta esperanza necesita – porque nosotros lo necesitamos – signos externos que posibiliten la fe. Fundamentalmente dos: creer en la semilla y creer en la tierra. Creer en Dios y creer en este tiempo de Dios.

b. La confianza en una semilla misteriosa

La fecundidad que sustenta la esperanza de la vida religiosa es misteriosa, débil y muchas veces ambigua. Es la misma que aparece en la Escritura referida a una pequeña semilla que tiene que morir para dar vida o que es mínima y, sin saber por qué, se convierte en un árbol frondoso. Es una seguridad insegura como las aguas que son capaces de convertir un desierto en vergel... o una mujer vieja en madre de generaciones. Creer en la semilla, es volver a la fe en aquello que vivimos y que está en el centro de lo que pretendemos anunciar. Es la pregunta por la fe personal, de la que no solemos hablar en comunidad porque la damos por supuesta, es preguntarnos con la mano en el corazón por los tiempos de oración –la no mandada o estipulada– porque hemos descubierto su necesidad para poder vivir, es atrevernos a poner en texto nuestro diálogo real, sobre la vida real con los hermanos o hermanas con los que significamos la vida en comunión, más allá de los aspectos funcionales u operativos de nuestra vida juntos.

En este tiempo de la sospecha, que duda de todo y de todos, la esperanza se tiene que asentar en quienes creen en el vigor de la semilla. Lo que da autenticidad a la esperanza que anunciamos, es la esperanza que vivimos, dice Jesús Garmilla que o creemos en el mensaje que anunciamos o seremos impostores o mercenarios... o, como mucho, buenos funcionarios¹⁵. Y éstos, no suelen provocar adhesiones a una causa porque no están, ellos mismos, adheridos... Se mueven por una “motivación externa”: un cargo o encargo; una prebenda o un mérito. En la misma línea se expresaba el, entonces, cardenal Bergoglio cuando le preguntábamos dónde estaba la mayor dificultad de la vida religiosa¹⁶.

c. El arte de saber sembrar

O conocer la tierra. Estoy persuadido que una de las sombras de la esperanza es curiosamente desconocer el arte de sembrar o no «conocer la tierra»¹⁷. Y esto traducido a nuestro vivir referidos a Dios, transformando el mundo, consiste en la desconfianza ante un presente que no controlamos y unas relaciones que estimamos son expresión de un mundo sin Dios, en el que poco a poco no va habiendo sitio para nosotros. Desde la fe sabemos que esto no puede ser así, pero de la abundancia del corazón habla la boca, y las expresiones más comunes en los ámbitos de vida religiosa no siempre son de esperanza. Puede abrirse en nosotros un terreno, no deseado, de juicio, crítica o desasosiego. Decimos conocer la realidad y sin embargo añoramos otra que ya no está, aquella en la que fuimos fuertes,

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Porta fidei*, 4

¹⁵ Cfr. GARMILLA, J. O. cit. P. 155

¹⁶ GONZALO DíEZ, L.A., *Recrear la misión en la Palabra*, en VIDA RELIGIOSA 9/VOL 105 (2008) p. 405-408

¹⁷ GARMILLA, J. o. cit.p. 156 ss

muchos o significativos; decimos estar laboriosos en un presente que Dios quiere y podemos estar ofreciendo frutos de ayer.

Nuestra esperanza como personas de edad, en un tiempo que huye de la edad, porque ha asumido el triunfo de la estética sobre la ética, puede apoyarse en:

- Ofrecer el valor de **la verdad de lo religioso**. Porque el ser humano del siglo XXI es profundamente religioso. Es verdad que es una religiosidad *sui generis*, pero tenemos destrezas en nuestro vivir e historia formativa, como para hacer llegar a esta realidad un sustento de referencia a Dios que va más allá de los modos celebrativos y costumbres que a nosotros mismos nos sustentaron como religiosos. Nuestro contexto es sumamente sensible, y necesita personas que transmitan esa sensibilidad que ayude a entender que nuestro Dios no se desconecta de lo que pasa...
- Nuestra realidad necesita **contextos de fraternidad** porque filosóficamente experimenta orfandad. Nuestra esperanza tiene que apoyarse en la ofrenda de lugares celebrativos vitales, en propuestas de comunión asequibles. No es la gente quien tiene que encontrarnos, sino adecuarnos a lo que la gente con sus ritmos y ambigüedades vive. Cuanto más permeables seamos, mayor será nuestra esperanza. Pero para ofrecerla tenemos que celebrarla y para ello, necesariamente, tiene que darse en nuestras comunidades un proceso de encuentro y reconciliación.
- La esperanza se crece en el **diálogo**. Es un tiempo para la vida religiosa de superación de silencios y ruptura con costumbres anónimas. Más que reorganización de obras y presencias, la urgencia es el cuidado de los ámbitos en los que vivimos y de las herramientas que acrecientan la relación.
- Asumir esta **realidad llena de pequeños relatos** y todos importantes. Hay un proceso de desmonte intelectual que es imprescindible hacer para entender y vivir este tiempo, como tiempo de esperanza. La vida, y nuestra vida creyente y religiosa está llena de pequeñas experiencias, de personas e historias que necesitamos integrar, ordenar y situar en el proceso de historia de salvación que con nosotros se está redactando.
- Es un tiempo para revivir la esperanza de un proyecto de amor que supera la dificultad de nuestro vivir, nuestra historia y contexto. Sabernos profundamente **amados en la ternura de una creación con sentido**. Ser religioso es hoy una oportunidad nueva y real para reivindicar la armonía de todo lo creado.

Podemos ofrecer un tono vital esperanzado porque el proceso de la vida nos ha ido ayudando a encontrarnos **con todo lo humano**. Redescubrir que somos cuerpo, con su limitación y posibilidad, nos lleva a descubrirnos próximos a todo nuestro entorno, débiles con los débiles y criaturas que anuncian un Dios que puede más que nuestras previsiones.

5. Los cinco ejes que la vida religiosa tiene que formular en clave del siglo XXI

5.1. Otro estilo de liderazgo

La Iglesia, que no es ajena a los cambios sociales, está percibiendo que tiene que ofrecer otro estilo de liderazgo. Otra manera de presentarse, otros criterios desde los cuales pueda leer los acontecimientos sociales sin juzgarlos y las situaciones humanas sin

agredirlas. La Iglesia, después de tantos siglos y no pocos intentos, manifiesta en su Papa actual que está orientando el estilo de liderazgo necesario para este siglo. El que la gente necesita y entiende; el que el Espíritu suscita.

Es verdad que son muchos los frentes abiertos. El cambio de paradigma, más que iniciado, no está exento de ambigüedades. Debemos entender en este aspecto, como en tantos otros, que nada en sí es blanco o negro, todo tiene sus matices y los paradigmas limpios no existen, sino que en la sucesión de los mismos a lo largo de la historia, los siguientes bebieron de los anteriores y los superaron. Por eso hablar de nueva vida religiosa o de nuevo estilo de liderazgo en ella, no quiere decir, en absoluto, que a modelos caídos, modelos propuestos. No se da en las instituciones las transiciones con ruptura si éstas tienen pretensión de vivir y dar vida. Se dan, más bien, progresiones, evoluciones que sin hacerte consciente mientras las vives, facilitas un tránsito histórico. Es una pena que no podamos observarnos desde una hipotética máquina del tiempo. Imagínense que fuésemos capaces de vernos hoy, dentro de 200 años. Seguramente muchos quebrantos y procesos de reestructuración ambiguos; muchas dudas y un “no saber qué...” quedarían resueltas. Observaríamos con gozo que **quienes somos hoy religiosos y religiosas estamos facilitando una nueva vida religiosa**, que no vemos quienes la vivimos, pero que se está fraguando y posibilitando para que las generaciones futuras, en este siglo XXI, la expresen.

El liderazgo, en este sentido, no se muestra imprescindible, sino urgente. En la reciente asamblea de la Unión de Superiores Generales, así lo constataron. De igual manera la Unión de Superiores. No se trata hoy de conservar o guardar; hacen falta personas que impulsen la misión y la comunidad y, a la vez, que con arte y entrega de la propia vida, restañen las heridas del hombre o mujer religioso. El liderazgo necesario en la vida religiosa de este tiempo no es el que tiene respuestas para todo, sobre todo, cuando éstas se sacan del «baúl de los recuerdos», sino el que es capaz de provocar la libertad y la responsabilidad de cada uno. No es imprescindible el liderazgo de la buena y exacta gestión, con la que cubrimos la carencia de la espiritualidad, sino la animación a líneas más arriesgadas, proféticas y clarividentes que pongan en entredicho tanta burocracia vacía. No necesita la vida religiosa líderes *factotum* que lo hacen, dicen y se erigen en portavoces de todos, éstos además de limitar el crecimiento armónico de las comunidades y de las personas, terminan por sembrar la sensación irreal de una «polifonía monocorde» lo cual es una *contradictio in terminis* en la vida religiosa. Sobran líderes preocupados sólo por la conservación y el recuerdo, porque éstos tratarán de justificar su acción, o no acción, por la presión ambiental o el miedo a un mundo que temen y no aman. Pero también son innecesarios aquellos líderes que confunden la vida religiosa con una «franquicia», signo de las marcas de nuestro mundo-consumo, en nuestro tiempo. Olvidan éstos que la vida religiosa tiene que tener poco parecido con las redes comerciales porque si no se llega a confundir, diluir y desaparecer.

El liderazgo que necesita la vida religiosa es y debe ser siempre evangélico. No deja de ser elocuente que lo propone el Señor a aquel que no lo busca, no lo quiere e, incluso, lo teme. Y esto es así, porque en su interior, quien tiene madera de líder, descubre que no es un privilegio sino una responsabilidad. Quien lo busque porque percibe privilegio está desautorizado o desautorizada para encarnarlo. Las familias religiosas podríamos ganar verdad en este campo. ¡Cuánto ganarían en la docilidad al Espíritu nuestros capítulos si pudiésemos hablar así, orar así y exponer así! ¡Cuánto adelantariamos en la obediencia a la misión y a la lectura coherente de los tiempos si promoviésemos, nos formásemos y facilitásemos verdaderos liderazgos evangélicos!

La vida religiosa tiene en sus entrañas la capacidad de ser siempre nueva y provocadora. Hablamos de familias con tradición de años o siglos y, sin embargo, resultan siempre sorprendentes e inquietantes en sus proposiciones y ofertas. Creo que el mejor signo de novedad sería que dejásemos a las congregaciones y su patrimonio espiritual desenvolverse, desaprisionarse de costumbres y leyes, no escritas, que condicionan un liderazgo evangélico. En la Asamblea de la USG que citaba, el maestro general de los Capuchinos nos dejaba tres indicadores del liderazgo de este tiempo. Me parecen clarividentes, por la sencillez y la verdad que encierran. Decía el P. Mauro Jöhri que, en este momento, el liderazgo tiene que apoyarse en tres verbos: « **dialogar, dar pistas y, sobre todo, escuchar** ». Porque solo quien asume como guía vital el principio evangélico de la sencillez es capaz de dialogar poniéndose, en verdad, en el lugar de la otra persona; solo quien convierte la Palabra en la fuerza motriz de su existencia puede llegar a ofrecer pistas, siempre nuevas y antiguas, como son las de Jesús, y solo quien entiende que el liderazgo es servicio es capaz de pararse, detenerse y convertir a sus hermanos o hermanas en el centro de su existencia con una escucha activa a cada uno, en su mismidad y originalidad. Es la escucha la primera vía de gobierno, nueva e imprescindible, para el liderazgo del siglo XXI. Y ciertamente, aunque no resulta en absoluto nueva, desgraciadamente es novedosa por el estilo de vértigo, proyectos y programas que hemos impostado en nuestro vivir como consagrados. No puede ejercer el liderazgo quien no tiene tiempo para la escucha de todo y a todos, pero menos aún quien no tiene la capacidad de desarrollar ese don, que no es innato.

No está mal echar mano de la historia pequeña, de la vida en silencio no magnificada de nuestras congregaciones. En ella, encontramos vías para ofrecer y acrecentar qué estilo de liderazgo quiere Jesús. Hace no mucho me contaban algo que ocurrió en mi congregación hace muchos años. A mí casi me parece ciencia ficción por la distancia en el tiempo. Me decían que allá por los años cincuenta del siglo pasado, quien era subdirector general de la congregación tuvo el gesto siguiente. El superior de una casa le comunica que su madre es una de las indigentes que casi a diario vive de la caridad que la comunidad puede ofrecer. Al preguntarle el superior si quería que se hiciese algo más, sencillamente respondió: «continuen tratándola desde el principio evangélico con el cual debe ser recibido todo necesitado en nuestra puerta...». Estaba hablando de su madre a quien le debía todo y a quien quería entrañablemente. Quien así responde quiere decir que tiene bien integrados los principios evangélicos de igualdad y comprensión; de justicia y caridad. Quien así responde en los ya lejanos años cincuenta, nos está ofreciendo una pista fiable y siempre nueva de lo que significa la verdad evangélica de proponer y exigir lo que uno mismo vive. Ni más, ni menos. Nos está enseñando en qué consiste un líder que puede guiar a sus hermanos.

El liderazgo que necesita la vida religiosa en este siglo XXI, se puede sintetizar en el siguiente decálogo:

1. Es un **liderazgo posibilitador de otros liderazgos**, no los imposibilita. Es un liderazgo de comunión.
2. Es un líder que **cree en lo que ofrece**.
3. Es capaz de **hacerse cargo del estado de ánimo** de sus hermanos.
4. Es capaz de **cambiar ese estado de ánimo**.
5. Es alguien que es **capaz de ir por delante**.
6. Es alguien que **acepta la incertidumbre** del momento.
7. Está, en todo lo que vive, **informado por la esperanza**.
8. Se percibe en él, con facilidad, una **ética, honestidad y verdad**.

9. Tiene una **mente global**. No puede ser líder en la vida religiosa alguien con mente regional o «provinciana».
10. Armoniza con destreza los **principios firmes con la ternura**.

5.2. Otro estilo de frugalidad

La vida religiosa manifiesta un fuerte poder innovador. Hay inventiva y creatividad. Es frecuente que afloren en las decisiones capitulares líneas que pretenden sortear unas carencias numéricas que están condicionando, sobre todo en Europa, la atención a las obras y apostolados que tradicionalmente dirigimos. Estas iniciativas cuentan con esquemas y estructuras que han funcionado en otras esferas sociales. En ocasiones se importan y se evangelizan reutilizando nombres y estructuras para superar la pura tensión mercantil. Se trata de una auténtica “revolución industrial” de la vida religiosa. Tiene, efectivamente mucho de bueno: son esquemas que pueden dialogar con el entorno, pero tienen un *problema* claro y es la ruptura con una estructura que, en sus orígenes, ha tenido como esencia de originalidad la debilidad, la originalidad, la creatividad, la frugalidad y la sencillez¹⁸. Aquel principio básico de la **comunidad religiosa como hogar y taller**¹⁹ ha quedado sostenido en el ideal comunitario, pero la realidad es que la responsabilización de unas obras supracomunitarias ha contribuido a dejar sin contenido la experiencia carismática y evangélica de la comunidad.

La clave está fundamentalmente en los siguientes frentes.

El primero radica en **la persona del religioso del siglo XXI**. Es un hombre o una mujer que necesita afirmarse en su realización evangélica. Necesita un **campo de acción propio**. Es un yo que se ha construido después de diversos movimientos filosóficos y que lo ha conducido a ser, como hijo de este tiempo, una persona «**hipersubjetiva**²⁰». Algunos autores reconocen este tiempo profundamente influenciado por el “**yo no cooperativo**” o la filosofía del **retraimiento**²¹. Consecuencia de un nuevo estilo de trabajo con una significativa **independencia** e interdisciplinariedad, nace también un estilo de adhesión o **liberación**. No es infrecuente que una de las dificultades mayores de una comunidad sea encontrar no solo misiones corporativas, sino momentos explícitamente comunitarios. Dicho vulgarmente presencias de todos o todas. Este retraimiento que, en realidad, es un mecanismo de defensa frente a la ansiedad²² que provoca la vida en cooperación, no tiene un alcance espiritual y nacen dos efectos también presentes en los desarrollos no armónicos de la vida en comunión contemporánea: **el narcisismo y la autocomplacencia**.

¹⁸ VERDÚ, VICENTE, *Artistas y artesanos todos*, en El País (07.09.2013). “El arte y la industria siempre mantuvieron un ambiguo y animado cortejo entre ellas...”

¹⁹ GARCÍA, JOSÉ ANTONIO, *Hogar y taller: Seguimiento de Jesús y comunidad religiosa*, Sal Terrae, Santander 1991.

²⁰ Cf. LIPOVETSKY, GILLES, *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Anagrama, Barcelona 2007. 399 p.

²¹ SENNETT, RICHARD, *Juntos. Rituales, placeres y política de cooperación*. Anagrama, Barcelona 2012. P. 254 ss.

²² SENNETT, RICHARD, *o.c.* p.259

Después de un tiempo de análisis sincero de una estructura que se mostraba caduca, hemos sido capaces de crear otra. La dificultad es que esta ha tenido menos duración que aquella que dimos por caducada. La red empresarial «a lo divino» fraguada en los años 90 del siglo pasado y acrisolada en la primera década del siglo XXI, es caduca. No ha regenerado las familias religiosas, ha contribuido a cierta **deshumanización de las relaciones** y ha atomizado el funcionamiento congregacional de manera que **las relaciones institucionales han sustituido las relaciones humanas**, dejando así a la fraternidad un valor de recuerdo, referencial o de temática puramente espiritual.

El narcisismo puede estar más presente de lo que imaginamos en el “nuevo sistema” en el que envolvemos la misión de la comunidad. Se trata de un adormecimiento psíquico que permite a la persona religiosa del siglo XXI **manejar su antropología en pro de su propia misión**. No surgen ni se atienden las necesidades básicas de la comunidad, para poder mejor cumplir el cargo encomendado. El psiquiatra Robert J. Lifton analizó este tipo de comportamientos con soldados desde la época de la guerra de Vietnam²³. Algo así como si **la persona atendiese bien sus “responsabilidades” externas, sin una coherente atención a su crecimiento interno**. Llevado esto a la vida de pertenencia de la espiritualidad y la comunidad, conllevaría un tipo de pertenencia epidérmico con el verdadero nexo de la misión que es la comunidad. Es parecida experiencia vital que ya analizaba Miguel de Unamuno, cuando afirmaba que un actor puede entrar tanto en su papel que termine por confundir la vida²⁴. Esta desviación narcisista, efectivamente, condiciona la posibilidad real de discernimiento. Un buen cúmulo de decisiones que pretenden adecuar la misión al tiempo presente, parten justamente de aquí, de la incapacidad de cuestionar planteamientos y actitudes porque, éstos, se identifican con la persona misma. **No se trata de decisiones o discernimientos comunitarios, sino de sumas de planteamientos** que, poco a poco, se van adhiriendo con la plausible intención de hacer posible la misión para todos, pero desvirtuándola realmente. Así se llega a un planteamiento congregacional que evoca una suma de individuos, más que una acción coral nacida en la Pascua que desemboque en Misión.

Otra cara de la misma moneda es la **autocomplacencia**. Ésta imposibilita la salida de los círculos de consumo carismáticos. La tendencia sería algo así como las mismas respuestas apoyadas en los mismos planteamientos, porque es menos traumático que abordar aquellos cambios que supongan una pregunta fundamental a nuestras vidas. **La autocomplacencia niega cualquier posibilidad de preguntar, porque esto sería casi anatema frente al “orden establecido”**. No deja de ser elocuente que en la era de las libertades, hemos importado un estilo de misión y comunión que justamente a lo que más teme es a la libertad. Nacen con

²³CARO HOLLANDER, N., *¿Si no es en mi nombre, entonces en el de quién?* <http://www.topia.com.ar/articulos/%C2%BFsi-no-es-mi-nombre-entonces-qui%C3%A9n> (consulta el 15 de abril de 2013).

²⁴BORREGO GUTIÉRREZ, JAVIER, *Instantes «éticos» en la vida y en la obra de Don Miguel de Unamuno*, <http://www.javier.org.es/archivos/enlaces/private/trabajos/unamuno1.html> (Consulta el 16 de abril de 2013).

pretensión de novedad, pero desarrollando las artes más antiguas de control de la misma²⁵. La autocomplacencia no niega la posibilidad de que un discurso de apertura alargue la vida, siempre y cuando no se cumpla. Es algo así como una asunción irracional de máximas que no conducen a garantizar el estilo de vida soñado, pero mantienen la situación en los parámetros y relaciones que no conlleven decisiones de responsabilidad y ruptura.

Las nuevas formas de gestión, los procesos de reorganización, han caído en cierta autocomplacencia. Se han recreado no tanto en la novedad e impronta del Espíritu, cuanto en las ideas que mejor se articulen, se ajusten a un programa o me garanticen «mi sitio» que es una necesidad básica de este tiempo en el que laboral y afectivamente me sienta bien²⁶. La vida religiosa tiene en su base la relación con el Otro, y desde Él, con los otros. Ahí es donde, curiosamente, reside su dificultad y temor. Los modos de atajar la insatisfacción, el vacío del mundo de los sentimientos, se atenúa con el hacer, la operatividad, la formulación de obras proyección de uno mismo que no es sino la voluntad de poder. Eso sí, matizándola, orientándola, formulándola de manera que en su expresión resulte casi evangélica.

Es clamoroso que la vida religiosa necesita nuevos modos de expresarse y formularse. Además este es un principio universal. Es una falacia creer que muere en Europa y florece en Asia. Sencillamente es una cuestión cronológica que la globalización armonizará en pocos años. La cuestión, por tanto, son los procesos de reestructuración que nacen de la voluntad individual, antes de de la conversión carismática. ¿Cuál sería la respuesta de los fundadores y fundadoras? ahora, cuando han transcurrido, 100, 200 ó 300 años de la fundación.

Esta ruptura se va mostrando necesaria. Sin embargo, parar sencillamente es imposible, para quienes están enrolados en un sistema de producción... aunque éste sea espiritual. Por eso hemos descubierto una rama nueva de la misión que está empapada de autocomplacencia, se trata de programar eficazmente.

Se cubre, aparentemente, varias urgencias:

1. La persona (quien programa) se siente útil.
2. Da la apariencia de comunión porque se cuenta con otros u otras.
3. Se ven resultados, al menos en el papel... Se sabe de dónde se parte y a dónde se va.
4. Se trata de una adicción respetada y valorada.
5. Se logra satisfacción personal.
6. No suele haber tiempo para preguntas por identidad que cuestionen la tranquilidad laboral.
7. Se da un aparente diálogo con una realidad que vive en ebullición productiva.

Comienzan a reiterarse intuiciones que advierten de un problema serio. Nuestro bagaje histórico y cultural no nos permite una apertura sincera a la misión.

²⁵ Cf. BAUMAN, Z.- LYON, D. *Vigilancia líquida*, Paidós, Barcelona 2013. 173p.

²⁶ LIPOVETSKY, GILLES, o.c. p.178 s.

Demasiada seguridad, el apoyo de una historia que queremos alargar en el tiempo, viene a subrayar que lo que hacemos lo hacemos bien... y que es tiempo de mantenerse... en lo mismo. Aunque lo mismo nos anuncie a gritos que estamos desconectados de los lugares de interés, de los sitios de vida de nuestro pueblo.

Algo parecido ocurrió en tiempos del Señor Jesús con Galilea²⁷. Un lugar sin tradición, sin profetas, sin historia... Curiosamente es el sitio que Jesús elige para hacer el anuncio de su misión, el tiempo nuevo, la evangelización. Porque en aquel momento, como en todos los tiempos, el anuncio evangélico necesitó inauguración, no reiteración. **Inquietud evangélica y no complacencia con lo que hacemos.**

Hemos escuchado muchas veces, en infinidad de textos y contextos la necesidad de empezar, de cambiar. La inercia nos lleva irremediablemente a conformar y adecuar. Palabras que no molesten y expresiones que no cuestionen... Pero la vida religiosa del siglo XXI en el contexto europeo no tiene tiempo para la espera, sólo tiene tiempo para la inauguración, para el giro, para el anuncio explícito de una reorganización mística acorde con la lectura creyente del momento²⁸.

5.3. Otra relevancia comunitaria

Es casi una frase hecha. Frecuente y fácilmente asumible por todos. Al menos entre los religiosos es casi una cantinela: “es que tenemos poco personal”. Sin embargo, cuando vamos al fondo del asunto, caben algunas ambigüedades.

Quizá haya **poco personal para seguir ideas** o proyectos que queriendo ser interpretación de lo que necesitamos en este momento, no lo sean tanto y sólo respondan a la idea más fuerte, más jaleada o al proyecto que aglutina un grupo. Ahí, hay una parte de “personal” que efectivamente no se apunta, pero que está.

Quizá nos queramos referir a que **falta gente para atender las posiciones de antaño**. Seguir y cuidar una red de inmuebles que respondieron en su tiempo a una red apostólica intensa, pero que hoy supone una gravísima dificultad para poder ser atendidos debidamente.

Tal vez, afirmemos que hay poco personal, **para asumir determinados papeles secundarios de misión**. Solemos quejarnos de falta de personal, aquellos que ya nos hemos guardado los papeles protagonistas de la obra.

Incluso, pudiera ocurrir que “falte personal” porque activamente estemos renunciando a **algunas personas** que por sus ideas, trayectoria o posiciones **nos parezcan desestabilizadoras**, excesivamente novedosas o incluso claras. Vamos, ¡gente que no se calla! Ciertamente esta es la parte más grave y ambigua de la supuesta falta de personal.

²⁷ ALEIXANDRE, D., *El agujero de la roca. Otros lugares para «ver» a Dios* en ST 97 (2009) P. 377

²⁸ GONZALO DíEZ, L.A., *Reestructuración, identidad y evangelización. Algo más que cambiar las formas... contextos para otra identidad*, en *Vida evangelizadora y evangélica* (XLI Semana Nacional de Vida Consagrada), Pcl, Madrid 2012, p. 282s.

No me parece, por tanto, que la afirmación resuelta de la falta de personal responda a la verdad. Más bien creo que **nos falta visión** para integrar, situar, persuadir y amar a las personas y así lograr que la vida religiosa crezca en comunión y verdad. Lo que hace falta en nuestra misión no es «personal», sino personas que pongan entre paréntesis aspiraciones y motivaciones muy privadas y estériles en favor de la misión. Sigue dándose, entre los que se quejan de la falta de personal, que muchos de sus hermanos o hermanas, les sobran. Hay desgraciadamente, gente sin visión, que prefieren la muerte, antes que arriesgarse en la pluralidad.

5.4. Otra corresponsabilidad en la misión

No se trata de estar, sin más, sino de **estar creando fraternidad**, testimoniándola. No faltan convocatorias, ni ejercicios voluntaristas que pretenden afianzar el «nosotros», sin embargo, la constatación de este tiempo es de carencia de vínculos comunitarios que alcancen la profecía. Gilles Lipovetsky describe los grandes pretextos de unión de este tiempo como aquellas propuestas que «más que engendrar unión entre los miembros de una misma comunidad, reducen el individuo a sí mismo»

Deberíamos preguntarnos si la cantidad de actos y convocatorias que en su origen pretenden no sólo recordarnos, sino afirmar que somos comunidad, no están contribuyendo, en realidad, a engrandecer un yo personal que no se deja afectar por el nosotros de la fraternidad. Amedeo Cencini insiste en la necesidad de comunidades significativamente santas, porque no cuestiona que muchos consagrados lo son. *Missio inter gentes* habla justamente de una propuesta transformación social para contribuir a la recuperación fraterna que Dios sueña. El primer paso de la reestructuración, por tanto, es la vuelta a unos límites de fraternidad que se han de escribir en comunidad. Es el mensaje de alternativa de los consagrados y como bien recordó *La vida fraterna en comunidad* el primer lugar de misión.

5.5. Otro diálogo con la juventud

Pocos retos como el de la Pastoral Vocacional levantan adhesiones, declaraciones y manifiestos en nuestros círculos. Es un hecho. Una cuestión de presente y futuro. Una necesidad.

Perdernos en análisis, casi siempre incompletos, suaviza el dolor, pero no ataja la enfermedad. Los consagrados accedemos a los datos de esta era con pretensión de conocimiento, aunque ingenuamente lo hacemos desde mamparas de protección – nuestros ritmos vitales – que nos dejan hacer formulaciones estéticas de cómo son los jóvenes y dónde están, aunque nunca hablemos con jóvenes ni pisemos sus suelos.

Ciertamente el discurso sobre la pastoral vocacional contiene buen número de tópicos, algunos gérmenes de voluntarismo y una salsa de ingenuidad generosa. No existe la fórmula mágica, ni la palabra definitiva... Sólo un convencimiento: en ningún sitio ni latitud; en ningún idioma o familia religiosa ha dicho Dios que ya no llama... Si esto es así, y parece que lo es... La cuestión es ¿cómo estamos

posibilitando el mañana de nuestras familias? Algo parece evidente, si seguimos viviendo lo mismo tenemos garantizado lo que vendrá... lo mismo, lo que ya conocemos.

Los grandes titulares de la reorganización nacen de dos convicciones que llegan de la mano: hay que adecuar la estructura para abrazar el mañana y hay que abrir el horizonte para posibilitar consagrados de este tiempo. No sabe uno bien qué es antes, lo que sí sabemos es que ambas tareas son urgentes y necesitan más el trabajo en la persona que en el organigrama. Porque la pastoral vocacional, es misterio entre personas, para personas y con personas. Es misterio de encuentro y contagio; de acompañamiento, interpelación y provocación. No suele el Señor deslumbrar el corazón de quien busca con artificiosas composiciones: complejos procesos, obras o ruidosos “macro-conciertos”. No, no se puede sostener una existencia que abraza el silencio y la gratuidad; la donación y la fraternidad, en cuestiones efímeras. Sin embargo, arañando nuestras pretensiones, nos descubrimos infatigables en el montaje y la proyección; las quimeras y los artificios. Con una buena intención, con buena voluntad: queremos contar lo que somos, sin hacerlo como somos. Y no funciona... No puede funcionar.

La pastoral vocacional está llamada a ser activa y efectiva. A contar con los mejores esfuerzos y las personas más capaces y libres. La pastoral vocacional puede llenar de vida las comunidades y presencias... ¿Qué es la pastoral vocacional, sino expresar la felicidad de estar vivos por una causa? Necesita, eso sí, claridad y decisión. Necesita personas diferentes, que abracen la diferencia porque la misión es tan pluriforme como la existencia. Necesitamos poner entre paréntesis los corsés, que otrora nos dieron seguridad, para abrirnos a la inseguridad de acoger el momento, porque en éste es donde están quienes tienen que hacer posible el carisma hoy.

Acompañando algunas congregaciones y órdenes se percibe un esfuerzo titánico de supervivencia y gestión. Se trata de hacer previsiones para el futuro. Muchas horas y las edades más fecundas dedicadas a un combate que no es el nuestro. Horas y personas que tras este ciclo no serán recuperables para la única campaña necesaria: “celebrar y transmitir la esperanza que nos sostiene”. La transmisión vocacional se asienta en la sorpresa, el misterio y lo extraordinario. Y esto se tiene o no. Los complejos engranajes ahogan la intención de Dios. Esta etapa apasionante de misión necesita en la vida consagrada hombres y mujeres que tengan itinerario y visión. Y esos nacen de la comunidad, el silencio y la formación... no de la pasarela.

6. ¿Por dónde empezar?

- **Reestructuración mística, que no estratégica**
- **Desmontar una red de presencias de otro tiempo**
- **Ofrecimiento para iniciar una reestructuración eclesial en clave de misión**
- **Abrazar la nueva realidad de la vida religiosa como «resto inspirado»:**
 1. **No al lenguaje de muerte**
 2. **Signo real de la sencillez de vida**
 3. **Comunidad que vive en misión: inter-generacionalidad asumida y expresiva**
 4. **Presencias desde la lectura de la realidad y no desde el peso de la historia**

6.1 *El momento 1: Tentados de sortear la realidad*

El cambio de época nos permite hacer una lectura, sin duda coherente, con el sentir y hacer de la riquísima trayectoria de la vida religiosa a lo largo de los siglos y, a la vez, ese salto o ruptura cultural que nos indica que tras cincuenta años de posconcilio es legítima una nueva propuesta cultural y teológica de la comunidad religiosa. Jesús Álvarez, historiador de la vida religiosa, afirmaba hace unos años: “El mundo nuevo que está emergiendo ante nuestros ojos está en plena ebullición. En él está presente toda una nueva manera de ser y de existir que exige una radical revisión de los planteamientos tradicionales que sustentan el proyecto de vida de los religiosos. Se trata de un mundo socializado, secularizado, sumergido en la injusticia, que está pidiendo a gritos a los religiosos unos comportamientos existenciales y apostólicos diferentes”²⁹. Decía en el 2002 Jesús Álvarez que la situación está “pidiendo a gritos” comportamientos y respuestas diferentes. Creemos que aquellas intuiciones hoy han cristalizado, con creces, y no se trata sólo de una petición de reforma, sino que efectivamente estamos a las puertas de una nueva vida religiosa y por ende de la comunidad. Verdaderamente no sabemos que los acontecimientos pueden darse hasta que se dan, pero aún más en la reflexión sobre los mismos encontramos no sólo matices, sino elementos de comprensión que en el mismo acontecimiento o no se daban o no teníamos suficiente elemento de juicio para tenerlos en cuenta. Siguiendo a Jean Baudrillard, estamos ante un análisis de la comunidad que no se sustrae a la hiperrealidad, porque el estudio que sobre la misma hacemos y de sus diversas formas, está enriquecido no sólo por los principios teológicos e históricos que la sustentan, sino en las diferentes expresiones, cuestionamientos y circunstancias que viven y expresan los hombres y mujeres consagrados que viven en comunidad en este siglo XXI³⁰. Dicho de otro modo, los principios teológicos que sustentan la comunidad se mantienen³¹, pero se

²⁹ ÁLVAREZ GÓMEZ, JESÚS, *Historia de la vida religiosa III*, Madrid 2002², p. 659

³⁰ GERGEN, KENNETH J., *El yo saturado*, Madrid 2010, p. 174 s.

³¹ Si fijamos nuestra atención en el tiempo conciliar (la década de 1960 a 1970) descubrimos un excelente punto de partida para describir la identidad de la vida religiosa, de sus comunidades y personas. El Decreto conciliar *Perfectae Caritatis* (n. 15) afirma: «A ejemplo de la primitiva Iglesia, en la cual la multitud de los creyentes eran un corazón y un alma, ha de mantenerse la vida común en la oración y en la comunión del mismo espíritu, nutrida por la doctrina evangélica, por la sagrada Liturgia y principalmente por la Eucaristía. Los religiosos, como miembros de Cristo, han de prevenirse en el trato fraterno con muestras de mutuo respeto, llevando el uno las cargas del otro, ya que la comunidad, como verdadera familia, reunida en nombre de Dios, goza de su divina presencia por la caridad que el Espíritu Santo difundió en los corazones. La caridad es la plenitud de la ley y vínculo de perfección y por ella sabemos que hemos sido traspasados de la muerte a la vida. En fin, la unidad de los hermanos manifiesta el advenimiento de Cristo y de ella dimana una gran fuerza apostólica». El decreto conciliar tenía como objetivo entender la vida religiosa desde el retorno a las fuentes bíblicas y carismáticas. Emerge con fuerza la imagen de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén que tenía un solo corazón, una sola alma y todo en común y que volvía a los orígenes fundacionales. De esa comunidad dimana la fuerza apostólica. Esta experiencia de comunidad religiosa encuentran su soporte teológico en: a. Las palabras del Señor cuando anuncia la nueva comunidad de hijos de Dios y hermanos en Cristo; b. El ejemplo mismo del Señor Jesús en una vida de proximidad y cercanía con los que llamó – para que

ha convertido en principio teológico, la realidad de las personas que hoy, 2013, viven en comunidad. Sustraerse a esto, conlleva la apariencia de que las estructuras funcionan, pero sin vida.

El momento es apasionante, despierta interés. Quienes nos observan se preguntan si esta estructura nuestra pasará la barrera del tiempo. Quienes lo vivimos tenemos por un lado el «secreto» revelado por el Señor Jesús de que así será, y, a la vez, la interna convicción de que tal y como estamos, con las redes que hemos configurado para expresar nuestra vinculación comunitaria, no será así. Algo está cambiando y lo que es más claro, aunque no sepamos poner contenido, algo más radical va a cambiar.

No hay variación en los grandes principios que sustentan la comunidad evangélica. Ésta nace de una llamada, un compartir vida y un envío (Cfr. Mc 3) y además de un *humus* que permite una lectura propositiva común de esperanza para nosotros y para los otros. En grandes trazos y en síntesis este es el foco desde el cual ayer, hoy y siempre se ilumina y orienta la comunidad. La pregunta por el hoy en cada momento de la historia es lo que nos puede aportar claves nuevas de interpretación y acción para lograr aquel estilo de vida por el cual «lo hemos dejado todo».

Estamos en una era con fronteras móviles. Fronteras físicas y también culturales. Las seguridades de ayer hoy se muestran terriblemente inseguras. Los líderes que hace horas nos daban seguridad y un punto de esperanza, se derrumban en cuestión de segundos, minutos o meses. Casi nada es fijo y estable. Valores como la fidelidad, necesitan, en seguida, circunstancia de modo y lugar... a quién, a qué y cómo. Somos nosotros, llamados a experimentar el gran don de la comunidad y «comunitariedad» de aquellos que nos gusta definir como «individualistas», con esa pretenciosa distinción pedagógica que mostramos cuando hablamos de los otros. Dentro de la experiencia de comunión, vamos creando, nosotros mismos, líneas de adhesión o quebranto que no existían. Las creamos nosotros. «Es un buen religioso, ha entendido perfectamente el proyecto en el cual estamos y lo asume». Ahora bien, ¿qué proyecto?, ¿de quién? ¿Es proyecto de Dios? ¿Es mío? ¿Es valor intrínseco de la comunidad? ¿Es fiel a lo que el Espíritu está pidiendo para el aquí y el ahora o es mi lectura particular del momento, que nace de mí... y en no pocas ocasiones viene a garantizarme a mí y mis ideas? Son las preguntas internas (y externas) de un individualista, cuando piensa que sus hermanos también lo son.

Estamos en un proceso valioso, necesario y fiel pero que, como todo proceso humano, se está viendo cargado por disyuntivas maniqueas con consecuencias no

vivieran con Él (Mc 3, 14) diferente de cualquier otra comunidad hasta la fecha y c. La realidad de una continuidad de la experiencia comunitaria en la historia de la Iglesia sin más motivación que la fraternidad evangélica. La llamada a la vida en fraternidad evangélica encuentra su luz y explicitación en la variedad carismática. Algo así como la asunción existencial de un proyecto evangélico que te vincula a otros constituyendo así una muestra de la pluralidad y riqueza del Espíritu en el seno de la Iglesia. En 1969 el teólogo dominico Jean M. Roger Tillard reconocía que el Concilio había acentuado la cualidad misteriosa de la comunidad. Casi una década después el teólogo de la Vida Consagrada, Lucas Gutiérrez (Cf. L. GUTIÉRREZ VEGA, *Teología sistemática de la vida religiosa*, ITVR, Madrid 1976, 441 p.) nos ofrece una sistematización de los elementos configuradores de la comunidad religiosa poniendo de relieve los valores humanos y teológicos que le dan fundamento y sentido dentro de una visión conciliar de Iglesia y Mundo. En la década de los años 70 la reflexión sobre la comunidad religiosa se centra en la *koinonía* –el fenómeno comunitario en sus diversas expresiones- dentro de la gran *koinonía* eclesial.

saludables para una comunidad que afronta el siglo XXI con algunos síntomas de debilidad. Algunos signos:

1. Un grado de **satisfacción ingenua ante los grandes proyectos**, por los mentores de los mismos. El papel, siempre fiel, aguanta que una propuesta, asumida por un equipo reducido, contemple como cuatro ideas articuladas dan vida a un grupo de mujeres o de hombres que han sido llamados a ser comunidad y referente evangélico en un contexto de increencia. El culmen es llegar a pensar que esas ideas, con esos plazos, tienen no sólo que producir vida en esos contextos, sino que cohesionen las vidas de esos hombres o mujeres distintas y distantes.
2. Una forma demasiado extendida de aparente aceptación: **el silencio**. Puede ocurrir que la propuesta no nazca de la comunión, sino de la supervivencia; puede provocar que la vida de la persona religiosa se vacíe de referencias de pertenencia y la opción sea un silencio que parezca obsequioso, pero que en realidad exprese, sin decirlo «esto está bien para quien lo quiera, pero no tiene que afectar mi vida». ¿Estará creciendo el número de consagrados que están diciendo basta, sin decirlo?³²
3. Los que conocieron las décadas de los 60 y 70 echan de menos aquella ebullición. Aquellas preguntas y aquellos contrastes. «Los porqués se unían a los grandes ideales y opciones». Hoy la protesta ha cambiado y se manifiesta en un **individualismo funcional** expresado en silencios que permita que cada uno sea cada uno y siga en lo de cada uno³³.
4. Una **vida de comunión sin preguntas**. Lógicamente sin respuestas. Un clima social que ha encumbrado la subjetividad a cotas inimaginables en otro tiempo, permite una serena convivencia sin implicación interpersonal. La cuestión es sacar adelante los grandes proyectos, sin que se de cuestionamiento de los proyectos privados. No hay conflicto, pero no hay mordiente pastoral, no hay comunidad. Se tiende a sumar individualidad con la esperanza de que en el resultado se de el ansiado proyecto aglutinador.
5. **Vacío de pertenencia**. Un proceso de reestructuración trae como consecuencias el movimiento de algunas fronteras, sobre todo por lo que se refiere a las grandes líneas de acción: opción por una presencia determinada o área geográfica. Siendo necesaria la erección de nuevas referencias que motiven frente a una sensación de desgaste y cierre... se están dando síntomas preocupantes de **mirada hacia lo particular sin asunción de lo general**. Dicho de otro modo, generaciones de religiosos de mediana edad, están viviendo un viraje significativo hacia sí mismos conjugando una aparente asunción de un proyecto comunitario, sin pedir ni ofrecer nada a la vida de comunión diaria³⁴.
6. En general se percibe una reflexión coherente sobre la comunidad y sus dinanismos de animación, queda, sin embargo, un vacío en el cómo³⁵. Falta, sin

³² GARCÍA PAREDES, J.C.R. *Preguntas y más preguntas... ¿habrá que decir basta?* en www.vidareligiosa.es

³³ BOCOS MERINO, A., *Repensar la reestructuración. Estructuras provinciales y comunitarias*, en VIDA RELIGIOSA 7- 2010 (Vol. 109) p. 293-304

³⁴ CORE, PINA (DEL), *Vida religiosa y cambio: la reorganización de los institutos*, en VIDA RELIGIOSA, año 2010. Vol. 108-4 págs. 173-183

³⁵ A la hora de encontrar las distancias entre la comunidad del Reino, que pretendemos construir, y el grupo de trabajo que a veces expresamos, conviene tener en cuenta:

- Puede haber **falta de claridad en el proyecto comunitario**. Cuando sólo es sucesión de hechos y argumentos organizativos y funcionales que no consiguen conectar el afecto de las personas. Se hacen cosas pero cuesta ver la vinculación con la fuente original carismática. Lo importante no es la urgencia carismática sino que las cosas salgan y la gente esté donde tiene que estar. En el fondo se percibe que si las cosas siguen igual va

embargo, la asunción real de la persona que forma hoy la comunidad procedente de una diversidad generacional, cultural o nacional; con un proceso personal discontinuo o de una historia de adhesión a la fe no convencional.

6.1 El momento 2: Espectador o protagonista

Me han llamado la atención dos estudios, externos a nuestro propósito, aunque útiles para entender por dónde andamos.

De uno me sorprendió, sobre todo, el título: *Los próximos 30 años van a ser los más interesantes de la historia de la humanidad*³⁶. En nuestras reflexiones sobre el presente y futuro de la vida religiosa y la comunidad en ella, hablar de 30 años da vértigo. Seguramente en cinco años nada será como es, o aunque sea no se parecerá... Atrevernos, por tanto a pensar en las tres próximas décadas es casi ciencia ficción.

El otro se titula *Comunidad*³⁷ y me lleva acompañando más meses. Es de S. Bauman y hace un análisis de cómo nace y se sostiene la comunidad. Su tesis es que la sociedad líquida, sin fronteras, también provoca inseguridad, debilidad y miedo... así hacemos nacer comunidades (políticas, sociales, culturales... expresamente no

a haber los mismos resultados, pero no hay mordiente como para proponernos algo diferente.

- **El individualismo cultural.** Como hijos de nuestro tiempo, somos personas que nos cuesta – vitalmente- entender que “algo bueno” venga de otro distinto a nosotros mismos. La sociedad nos invita a decidir, pensar, comprar, disponer... La vida en comunión invita a compartir, dialogar, discernir.
- **La distancia entre el discurso teológico y la asunción vital.** Porque la realidad comunitaria es valorada teóricamente siempre y no llega a afectar a mi vida privada. La vida de cada uno se entiende como una parcela en la cual no debe entender ni intervenir el discernimiento comunitario. Ofrecemos buena explicación de la realidad de comunión, sin que signifique tener experiencia real de vida compartida.
- **Planteamientos vitales líquidos.** Acomodados a las circunstancias sin suficiente crítica como para hacer valer un proyecto común que lo impregne todo. No ha perdido validez la experiencia comunitaria, han perdido validez los modos en los cuales nos hemos ido acomodando a circunstancias ambientales o culturales. Bauman adjetiva la realidad como líquida porque se acomoda al entorno. (*El agua adquiere la forma de un vaso, no porque tenga esa forma, sino porque se la da el recipiente*).
- **Ponemos contenidos a la comunidad que no son propios.** Puede ocurrir que consciente o inconscientemente situemos en la comunidad algunos aspectos que no tienen por qué estar. La experiencia de comunidad no es complemento de mis aspiraciones, ni un lugar en el cual se me sirve y ayuda, ni el marco en el cual tengo resueltas mis necesidades para poder dedicarme a otras cosas.
- La comunidad es **el primer argumento de misión**. No es comunidad para, sino que es comunidad porque **se refiere a**. El analogado principal es Jesucristo y la configuración con Él. El primer trabajo apostólico de nuestras instituciones religiosas hoy es llenar de vida la experiencia comunitaria. O recuperamos el empeño en afirmarnos pertenecientes y dependientes de, o el futuro lo tenemos anticipado en el presente.
- Es tiempo de **reorganización**. Pero hay que tener sumo cuidado con las claves puramente pragmáticas y funcionales. Todas las instituciones estamos planteándonos presencias y ausencias, reorganización y trabajo en misión compartida, esto no quiere decir devaluación de la comunidad. La fuerza y la vitalidad de estas propuestas no residen en estrategias perfectamente estructuradas, sino en personas perfectamente cohesionadas y convencidas del proyecto comunitario. Una auténtica **experiencia mística**.

³⁶ GONZÁLEZ-ALORDA, ÁLVARO, *Los próximos 30 años*, Alienta, Barcelona 2010. 159 págs.

³⁷ BAUMAN, S., *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Siglo XXI, Madrid 2009³. 157 págs.

alude a las comunidades religiosas) pero construidas en papel secante, lo cual hace más grave la aparente seguridad. Concluye, sin embargo el texto afirmando que “si ha de existir una comunidad en un mundo de individuos, sólo puede ser (y tiene que ser) una comunidad entretejida a partir del compartir y del cuidado mutuo; una comunidad que atienda a, y se responsabilice de, la igualdad del derecho a ser humanos y de la igualdad de posibilidades para ejercer ese derecho”³⁸.

En ambos se nos plantea una doble posibilidad: estar como espectadores o protagonistas. Y ahí es donde podemos encontrar incidencia para nuestra reflexión sobre el momento actual de la vida en comunión. Que existan protagonistas, facilita o condiciona la existencia de espectadores y a la inversa. A la vez, ante una realidad en la cual es cada vez más difícil pasar inadvertido, la tentación es de repliegue y mantenerse en un sano margen que no complique la existencia. Ambas tendencias, desde nuestra clave de comunidad evangélica, son peligros que tenemos que abordar.

La comunidad religiosa tiene que anunciar una convocatoria en libertad e igualdad en torno al Maestro. El sustrato, para hoy, de todos diferentes, pero todos iguales, es absolutamente imprescindible. La situación de la persona en el momento social y de las comunidades en el momento eclesial, nos conduce, sin embargo, a detectar que hay algunos desajustes que conviene señalar y corregir.

Todos los temas de vida religiosa tienen un carácter circular, se auto-implican. Hace tiempo que sabemos que hablar de comunidad es hablar de misión y hablar de oración es hablar de vida, porque nuestro compromiso quiere ser una expresión de totalidad ante un contexto de fragmentación.

La misión en la vida religiosa, como aspecto nuclear de la consagración, se apoya en el **diálogo**. Partiendo de una construcción continua de la persona, en clave dialogal, llegar a experimentar la confrontación, el contraste o el discernimiento – en términos más nuestros – como arte habitual de existencia.

Hablar de espectadores o protagonistas está reduciendo mucho nuestra experiencia de vida con otros y para otros. Es una perspectiva subjetivista que vale para diseñar las distintas actitudes en el mundo de la empresa, que no en la misión. Sin embargo, la presencia de la vida consagrada en contextos sociales no tradicionales, la apertura a una «*missio inter gentes*» por ejemplo, puede acarrear esas situaciones, curiosamente por una no bien entendida aceptación de la secularidad.

Tanto los espectadores como los protagonistas no son sino el **triunfo de la soledad y el individuo**. Si haciendo un ejercicio de imaginación tuviésemos que diseñar dónde situar a cada uno de nuestros hermanos de comunidad, sin duda, encontraríamos algunos protagonistas (pocos) y un buen número de espectadores.

No deja de ser curioso que en los tratados de éxito empresarial, se afirme el valor del contraste (discernimiento) y el diálogo (acompañamiento) como principios que garantizan el éxito. A la vez, salen a la luz los principios individualistas más crudos “si quieres tener éxito debes ser el mejor”³⁹, tensión tan de nuestro tiempo que entra en contradicción con los principios comunitarios.

6.3 *El momento 3: Expectación y apasionamiento*

La cuestión no es mantenerse, ni aguantar. La comunidad se sostiene en una sabia articulación de expectación y apasionamiento que se han de alimentar en el día a día. Es una simpleza reducir nuestros problemas a cuestiones de edad y número. Es

³⁸ BAUMAN, S. *o. cit.* pág.147

³⁹ GONZÁLEZ-ALORDA, A. *Los próximos 30 años... o. cit.* pág. 21 ss

cierto, no obstante, que edades y número condicionan. La convivencia conforme a la cronología de cada uno nos sitúa frente al otro, enfrentando en ocasiones pareceres y criterios. A la vez, para que exista comunidad, tiene que darse un número suficiente de personas diferentes que la encarnen. El CIC y el derecho propio de cada instituto establecen mínimos, a veces tan mínimos que es imposible. Consecuencia de la reestructuración o comprensión del tiempo presente para la misión, es la reducción de presencias, en pro de comunidades significativas.

Dicen los manuales de los ejecutivos que **cuando falta pasión** y apasionamiento, se debe uno plantear el cambio de empresa⁴⁰.

Volvamos a hacer un ejercicio de imaginación. Supongamos que en este ejercicio, un tanto excesivo, de encuestas... reducimos las preguntas a las siguientes: ¿Tienes expectación por el día a día de tu comunidad?, ¿Te descubres apasionado en todo lo que vives con tus hermanos? Y ofrecer además que la respuesta fuese sólo un «sí» o un «no». Estoy convencido de que un cuestionario así frenaría otras consultas complejas con las que solemos llenar los documentos previos a los capítulos, o algunas asambleas comunitarias. A veces es tan sencillo como escuchar un sí o un no... y sacar consecuencias.

Mantener la expectación es tanto como creer en la novedad del milagro comunitario, superar el círculo de la competitividad y creer en el signo de la comunión para este siglo. Por otro lado, el apasionamiento, hace referencia al centro de interés... no a los centros. Sitúa dónde está focalizada la existencia y las mejores energías. Ambos piden darse en personas maduras que tienen bien organizada su existencia conforme a la sorpresa de Dios. No faltan ejemplos de religiosos que son muestra de una donación de vida fecunda, constante y sana o feliz. No faltan los nombres y apellidos de personas que están creyendo y creando comunidad... Pero son personas concretas, no está tan garantizado que existan comunidades que así lo vivan. Una vez más hay que reconocer que habiendo religiosos santos, este tiempo necesita comunidades santas como bien afirma Amedeo Cencini⁴¹. No siempre es cuestión de número, pero siempre **es cuestión de que los que están sean**. No se construye una comunidad a la fuerza, violentando las inclinaciones más profundas o las costumbres más arraigadas. Determinados procesos de soltería incapacitan para una vida en comunión, sencillamente porque nunca se ha hecho, o porque sólo plantearlo desestabiliza la vida... Algunos modos, horarios, estilos... están viviendo en las comunidades, pero no son comunidad.

Un trabajo de este tiempo de revitalización es, sin duda la **pertenencia**, como llamada a la **construcción de un nosotros** que me necesita, me posee y comprende... Pero se tienen que dar los tres elementos: **necesidad, posesión y comprensión**.

Cuando se habla de la secularización⁴² de la vida religiosa en términos negativos se está indicando justamente esta dolencia... personas que están en ámbitos de consagración simplemente porque se han quedado, no porque el medio contagie sus decisiones más profundas.

⁴⁰ GONZÁLEZ-ALORDA, A. O. Cit. Pág. 30

⁴¹ Semana XXXIX de Vida Religiosa. Madrid, abril de 2010

⁴² Ha habido intervenciones bastante desafortunadas sobre este concepto ambiguo. No hay otro lugar para la vida religiosa que ofrecer una presencia encarnada y alternativa desde el diálogo con el mundo secular. Algunos reduccionismos en pro de una purificación de la vida religiosa, no son sino nostalgias descarnadas de la realidad.

7. Desafíos de la vida religiosa en el siglo XXI

7.1 La animación, liderazgo y visión

Hace ya años que se alude a esta etapa de la historia «sin padre». Parece que el paso de aquellos momentos donde se significaba la ascesis corporativa y la “sumisión religiosa” ha dejado la afirmación de la validez de la visión de cada persona. Es la sublimación de lo subjetivo... casi todo es opinable y las pertenencias comunitarias no son unívocas. Un aspecto esencial de la comunidad **es la animación de la misma**. La todavía reciente instrucción sobre «El Servicio de Autoridad y Obediencia»⁴³ nace porque se detectan carencias graves en ese ministerio en la vida religiosa. No tanto porque tenga que estar férreamente marcada la dirección, cuanto porque **tiene que haber visión...** y esa no se improvisa.

No deja de ser cierto que es muy difícil tener don de poder intervenir en la vida de otros sin que esa intervención suene a injerencia o provoque desajustes no deseados.

Pero hay que reconocer que son tiempos en los cuales se está depositando el necesario acompañamiento de la autoridad en los textos mejor o peor inspirados y casi siempre mediatizados por decisiones que hay que tomar, inmuebles que hay que vender o viviendas que es necesario actualizar.

Pretendemos un servicio de animación en la caridad, pero **no se tocan los elementos de la fibra humana** que se tienen que dinamizar, con lo cual el efecto deseado y aglutinador no se logra y se avanza en una desafección que es muy sintomática de esta era.

Definitivamente uno de los primeros gestos de revitalización de la comunidad religiosa es la **formación de superiores y superiores con visión**. Hombres y mujeres, como pide la Instrucción que, ante todo, sean **buscadores de Dios**⁴⁴ y no maestros de costumbres o instructores de aciertos y errores; hombres y mujeres dispuestos a envejecer y no llamados a perpetuarse, permitiendo que vengan nuevos modos y visiones, sin absolutizar lo vivido⁴⁵; hombres y mujeres con ganas de vida y sin ganas de poder... Un signo evidente de la crisis de la vida religiosa no es la falta de vocaciones solamente, sino la falta de convencimiento y capacitación para un ministerio que es sólo testimonio y servicio. Hemos aprendido bien a exhortar y pedir que se ore, sin orar... se descalifica así la misión de la comunidad y pierde sentido lo único que sustenta la vinculación de los que formamos la comunidad: la Palabra.

La Instrucción SAO recuerda que la autoridad en la vida religiosa es espiritual⁴⁶, esto es, testimonial... ir por delante, mostrar, ofrecer un camino creyente. La tarea insustituible de **la comunidad como ámbito pedagógico y terapéutico no necesita expertos, sino testigos...**

Es frecuente la búsqueda desesperada de recetas contra la crisis. Siempre y cuando éstas no necesiten el movimiento de sitio de quienes las solicitan. Si hoy queremos

⁴³ SAO, CIVSVA

⁴⁴ SAO, 4

⁴⁵ A veces uno llega a la conclusión de que no queremos gente joven viviendo con nosotros... Hace no mucho leía este testimonio en un blog... Un religioso de 38 años no pedía su derecho a ser joven, sino a poder envejecer en un ámbito que es comunidad y que ahora sólo puede heredar... (Cf. www.vidareligiosa.es / blog “Yo, que se”). Como él, muchos.

⁴⁶ SAO 13

revitalizar la vida consagrada, esta revitalización pasa por los dinamismos de comunión y éstos por la clarificación del ministerio de animador.

No pocos autores recuerdan que la cuestión, a la hora de la verdad, es una **cuestión de fe** y ésta se acrecienta y transmite gracias al testimonio. No hacen falta maestros sino testigos que, con humildad, muestren cuál es su andadura creyente⁴⁷.

Los **tres «ingredientes» del ministerio del superior** o superiora son: **animación, liderazgo y visión...** sin que se impliquen ni excluyan. No se trata de una adquisición a base de voluntad, aunque hace falta... ni un cúmulo de virtudes inaccesibles para los más, aunque, qué duda cabe, son dones que unos pocos tienen al servicio de los demás.

7.1.a. Cuando hablamos de animación estamos afirmando justamente que un ámbito comunitario necesita ánimo. La capacidad para infundir ánimo es uno de los rasgos que el Magisterio expresamente pide a aquellos que prestan el servicio del superiorato⁴⁸, porque como ya denunciaba el Beato Juan XXIII «agoreros de calamidades» abundan por doquier. No deja de ser elocuente que se pida a quien tiene que sostener los vínculos comunitarios la capacidad de generar ánimo. Sin embargo, la vinculación en libertad y totalidad; en gratuidad y permanencia que es la vida en comunión, necesita, le es imprescindible **que alguien encarne la evocación de la esperanza** que sostiene la llamada. Es conocido por todos que los dinamismos de relación, por el propio desgaste que conlleva existir, puede condicionar un estado de permanencia sin esperanza, esta es la tarea primera de quien gobierna una comunidad religiosa. Es además imprescindible que esta propuesta de ánimo sea **para todos**, no para un grupo selecto que decide o me sigue. Aquí, sin duda, aparece otro de los grandes retos de nuestro tiempo: **la pluralidad**. Va habiendo en el seno de las comunidades y de las congregaciones demasiadas distancias entre facciones, grupos ideológicos⁴⁹.

El servicio de animación tiene que emplearse a fondo, en una sociedad dividida y devaluada, por superar la división, aunar intereses y personas. Superar la tentación maniquea y miope de crear sólo para quien aplaude y atender todas las sensibilidades. Ésta clave, no se improvisa y supone una cualificación humana (y divina) poco frecuente.

El trayecto que resta a la comunidad religiosa para ser significativa en los contextos del siglo XXI no se salva si no es con una propuesta explícita de ánimo, en la que nos recordemos, cada mañana, que efectivamente, a penas se abra nuestra boca, ésta proclamará la alabanza y no el lamento.

7.1.b. Es imprescindible el liderazgo que en la vida religiosa consiste en la capacidad de **ser memoria de la Bienaventuranza** porque en las batallas de la vida frecuentemente se viven «vueltas atrás», búsquedas de protección o contaminaciones de las líneas más originales de fidelidad. El liderazgo es capacidad de guiar sin imponer; orientar sin forzar; mostrar y atraer. Es un liderazgo espiritual que no se logra con destrezas humanas, aunque las comprende. La comunidad religiosa tiene que superar tres tentaciones siempre presentes: el **conformismo, la casuística y el desánimo**. Éstas unidas a aquellas dos que ya señalaba Juan XXIII en su decálogo (**prisa e indecisión**) constituyen cinco transversales en las cuales nos

⁴⁷ Cfr. GARCÍA MAESTRO, J.P. *Del Dios lejano al Dios cercano, en el cual vivimos y nos movemos*, en VR 2-2010. Vol. 106 pág. 46-53

⁴⁸ SAO 13

⁴⁹ Algunos autores sostienen que la ideología es de los aspectos que más ha contribuido a deteriorar los vínculos comunitarios.

jugamos todo en el ser comunidad o parecerlo. Un liderazgo activo, estará siempre atento para que estas constantes en las relaciones humanas estén suficientemente neutralizadas por el evangelio, de manera que la comunidad no se reduzca a puro grupo sociológico (suma de individuos) y logre aquel efecto multiplicador que tiene lo evangélico (encuentro de hermanos o hermanas).

Pero en un contexto como el presente, ¿de qué liderazgo estamos hablando para la vida en comunión? Los tratados de éxito social y empresarial piden para los líderes una especial inteligencia **intrapersonal** (aquella que permite entenderse a sí mismo y a los demás) e **interpersonal** (aquella que tiene que ver con la capacidad de entender a otras personas y trabajar con ellas)⁵⁰ éstas capacidades, unidas a un cuidado espiritual y sentido de pertenencia, son equipaje que nos ayudará a viajar de la **administración** (que las cosas funcionen) al **mecenazgo** (que las personas den lo mejor de sí).

7.1.c. ¿Qué decir de la visión? Se trata de aquella cualidad poco frecuente que evita el funcionamiento por impulsos, transforma la estrategia en mística y destierra cualquier asomo de competitividad. Es un don que permite ver más allá de las apariencias, con lo cual se logra la perspectiva: conoce el antes e intuye el después, por eso hace posible el ahora. Tiene especial unción para trabajar el nosotros y de integrar en él la particularidad y la sana autonomía imprescindibles de la verdadera comunión en libertad. Tiene tres rasgos muy claros: descubre la realidad, visualiza el ideal y alienta las posibilidades corales para lograrlo⁵¹.

7.2 La intergeneracionalidad e interculturalidad⁵²

Muy probablemente estemos haciendo lo que hay que hacer. Pero lo estamos haciendo desde un tratamiento que afecta sólo a la piel, a la apariencia, o a la estética. La tarea de nuestra vivencia «*inter*», para mostrar el ciclo vivo que tienen nuestras congregaciones necesita a un internista. Hay que entrar en lo profundo, en lo escondido porque ahí se están dando las circunstancias que no nos dejan crecer conforme al querer de Dios para este siglo. De momento, no estamos renovando las congregaciones, las parchamos para que aguanten el trayecto. Sin embargo no estamos operando cambios reales que posibiliten la vivencia de algo nuevo.

Vamos por partes. Examinemos lo *inter* desde los primeros momentos (cuando una persona más joven llega a una comunidad religiosa) y veamos qué pasos de integración creemos no se deben dar y cuáles son los procesos que evocan que hay salud. O lo que es lo mismo, dar el salto de los cuidados paliativos donde seguimos como se hizo siempre con la pretensión de que cambie todo, o nos aventuremos en un cambio interno que nos llevará a consecuencias insospechadas (otros aires) y otros cuidados (un cambio radical de la alimentación) que exige la vocación religiosa en este siglo.

⁵⁰ GONZÁLEZ-ALORDA, Á., O. cit. Pág. 48

⁵¹ Cf. GOLEMAN-BOYATZIS-MCKEE, *El líder resonante crea más*, Plaza & Janés, Barcelona 2002 págs. 270 ss

⁵² Nos referiremos a estos términos que sin ser idénticos, en buena medida se implican, con el prefijo “*inter*”.

7.2.1 Injertos comunitarios sin vida

1. Comunidades casi difuntas que reciben *jóvenes frágiles*. Un tronco al que se injerta una rama muy débil. Rasgos: gente joven muy dócil, sin criterio y con miedo a la vida, se dejan moldear. La congregación marca con rasgos de piedad la adhesión... Pero ni hay fuerza en el tronco, ni en la rama joven. No hay experiencia inter porque no se garantiza la vida... Son injertos temporales.
2. Troncos con vida, con una rama que tiene un *liderazgo muy marcado*, permiten el injerto aparente de jóvenes con una convicción fuerte. Se da un fenómeno curioso, lo importante deja de ser el gran proyecto de Dios para lograrse otra cosa... Un gran sentimiento corporativo de grupo salvador... Tampoco es el injerto deseable...
3. Troncos comunitarios que cuidan mucho sus *estética celebrativa, su puesta en escena*... Atraen ramas jóvenes que están o cansadas o decepcionadas de este mundo. Llegan a la vida religiosa no por amor al mundo, sino por desprecio. Se dan unas claves muy subjetivas que teniendo que ver con la causa de Dios, no hay opción por Dios. No se da la pertenencia inter porque aparece el cansancio de unos y otros y hay constantes salidas.
4. *Ramas jóvenes que quieren ser troncos antiguos*. Son refundadores o refundadoras y van dos pasos más allá de los inspiradores de las familias religiosas que vivieron siglos antes. Aquí el desafío «inter» es modelar este aparente liderazgo para que no surja otra cosa, otro árbol, algo que nada tiene que ver con el proyecto carismático de Dios.
5. Jóvenes profesionales del injerto para este tiempo. Son aquellas pertenencias «inter» que se doblegan ante una realidad virtual. El tronco original está viejo y con pocos recursos, llega el joven y la joven y lo primero que propone como elemento transformador es una página web, un blog... Un lavado de cara informático. No se vive, pero se cuenta lo que se quiere vivir. Suele concluir en una desconexión real y no es infrecuente que deje de fluir la sabia carismática.

7.2.2 El injerto comunitario de este tiempo:

- a. Troncos conscientes de estar envejecidos, pero con vida
- b. Troncos que recrean la espiritualidad recibida, sin atarse ni a formas, ni a reglas que sólo evoquen pasado
- c. Troncos que hacen una opción por la personalización: cada persona es un regalo y esto se nota en el cuidado que se ofrece a las ramas viejas.
- d. Troncos no aferrados a un lugar, con raíces al aire, lo que permite el traslado, la adecuación a lugares mejores o más aptos para este tiempo...
- e. Troncos que no están esperando una estación mejor, una primavera soñada, sino que tienen siempre la puerta abierta en cualquier momento, a cualquier persona...
- f. Troncos que viven el tiempo con sentido, no urgidos por sacar las cosas adelante, liberados por tanto de ataduras institucionales o

corporativas... La prioridad es engendrar vida y no tener muchos troncos...

- g. Esos troncos representan personas que han hecho un itinerario vocacional y se han desvinculado de la propia historia para vivir el momento presente. Se trata de personalidades atractivas y cuidadas, felices porque han encontrado el sentido de lo que significa la donación. Han superado la guerra de la promoción de unos frente a otros, porque han encontrado el sentido de su vida. El tener la puerta abierta a que vengan otros, lo compaginan con un ejercicio de poda: hay ramas que tuvieron fruto en otro tiempo pero hoy están secas y sólo sirven para calentar. Se da una dinámica constante de revisión de posiciones, empobrecimiento institucional y económico, frugalidad en el poseer y relaciones personales maduras, que no dependientes. Se manifiesta también en una espiritualidad centrada que quiere ser fiel a Jesucristo, persona caminante y apóstol... desvinculándose de las tradiciones de cómo se ha hecho en un tiempo que no volverá; son troncos fecundos porque cuidan sobre todo lo que les da vida y la convivencia fraterna es una expresión de humanidad centrada. Son troncos felices porque no anhelan lo que no pueden, sino que celebran lo que son...
- h. Esos troncos están preparados para la «inter» y transmiten vida y, además, son aptos para una nueva vida religiosa. Quien llega a la comunidad se ve reconocido y valorado. No se trata de una integración en la que uno pierde quien es, para nacer otra cosa, sino que el tronco va cambiando de aspecto, porque su rostro son las personas reales que están. Se vive la paciencia de los procesos personales, no estructurales; se cuida la espiritualidad de la integración en los que las personas ofrecen lo que son y no lo que quisieran ser; se habla de la historia que sólo tiene una estación y es el presente, en el que se encuentran todas las ramas y las generaciones; se obedece a la Misión, con mayúscula, que va mucho más allá de lo que se hizo o dejó de hacer una, dos o diez décadas pasadas.
- i. Son troncos los que surgen muy abiertos a la realidad y desde ella se fijan unas artes de convivencia ni forzada ni artificial. La fuerza de la vida de la vida religiosa entonces, no estriba en la extrañeza respecto al mundo sino la expresividad de comprensión y amor al mismo.
- j. Van surgiendo troncos que asumen un estilo de vida alejado de unas seguridades, económicas, sociales o eclesiales que los hace alternativos, sugerentes, nuevos y éstos despiertan otras ramas jóvenes... Pocas, contadas, con nombre y apellido, muy diversas, pero en las que se percibe que hay un amor original, no trucado ni condicionado. Se ve amor sin contraprestaciones...
- k. Estos troncos son «inter»-generacionales, porque así es el amor de la vida religiosa, son comunidades mínimas pero en ellas se apoya la vida religiosa de este siglo. Se van así liberando de la historia, de los

inmuebles de la historia y de la historias de los inmuebles que no son el carisma de las familias religiosas.

1. Son troncos que tienen una lucha interna interesante. Son conscientes que hay un «virus circundante» con el que hay que saber convivir en este tiempo, afecta a las ramas jóvenes y a las antiguas, se trata del individualismo, la «híper-subjetividad», la autonomía, la tensión interna de la propia realización y el pragmatismo. Se trata, es verdad, de principios que suelen derivar la existencia hacia estilos que nada tienen de comunitario, pero también es cierto que asumidos, educados, verbalizados se convierten en posibilidades reales para circule la sabia congregacional real, en personas reales que quieren vivir en la comunidad real. La consecuencia, cuando este virus se detecta, se le pone nombre y se dialoga sobre él, es que la comunidad «inter» (generacional y cultural) experimenta la libertad. Sólo así nacen nuevos trayectos con posibilidad de historia y que no estén a merced del calor de un encuentro, una celebración o una movida que consiguió darme emoción.

8. Inaugurar nuevos trayectos

Aunque parezca una contradicción, para que la comunidad sea una experiencia con vida para todas las edades, necesita que los más jóvenes se hagan mayores. Al menos que se puedan hacer mayores y además se proporcionen caminos de estabilidad. Me explico: no es real el flirteo que en la vida religiosa mantenemos con la eterna juventud, porque no existe y además no inaugura trayectos con vida.

La clave está en dos verbos: abrir (puertas) e inaugurar (estrenar caminos con recorrido). Me temo que sin el uno, nunca se dará el otro. Los mayores suelen hablar de caminos nuevos, con la puerta cerrada y los más jóvenes de inaugurar trayectos, sin dar pasos reales de novedad.

Unos y otros lo que necesitamos es un proceso de conversión hacia la verdad de nuestra vocación a la vida religiosa. De nuevo la palabra terrible de nuestro tiempo, pasar por la primera persona de nuestra existencia lo que sólo en apariencia hemos vivido. La situación de la vida religiosa actual es más normal de lo que solemos decir, pero más especial de los trabajos que por ella estamos dispuestos a realizar. Contamos con un estilo de vida posible para este tiempo, pero con formas y esquemas que clarísimamente han caducado. Por eso se impone un ejercicio intenso de encontrar las claves en las cuales puede desarrollarse hoy una forma de entrega evangélica que sea total, gratuita y duradera. Y ese principio no está desarrollado, sólo está de una manera voluntarista propuesto (hacemos lo que creemos se debe hacer) para que no se desestabilice nada.

9. Revitalizar una comunidad real: con personas distintas, de edades diferentes y culturas diversas.

1. Los que llegamos a la comunidad antes de ayer, los que llegaron ayer, los que acaban de llegar y los que lleguen mañana tienen los mismos derechos y necesidades. Sueñan la misma comunidad evangélica de seguimiento.
2. La comunidad necesita expresar y vivir, no sólo funcionar. El funcionariado condiciona la profecía. Son tiempos funcionales y en pro de ellos, lo que hacemos es estructurar, organizar y coordinar... Olvidamos así, que lo que necesita la comunidad es vivir.
3. La comunidad «inter» es un signo en sí. Llama la atención y es un mensaje contracultural. Evoca Reino, pero su clima y lugar tiene que ser el adecuado. Se da el salto a la significatividad cuando se cambian y transforman presencias conforme al hoy de Dios. No hay comunidad «inter» cuando nuestra ocupación es, sólo, cuidar el patrimonio de la institución.
4. La comunidad «inter» no tiene que compartir historias, tiene que compartir sentimientos porque éstos son los que, en verdad, comunican el punto de conexión de cada generación y cultura con las otras.
5. La vida religiosa «inter» no se rige por el principio de justicia más injusto que consiste en “para todos lo mismo”, sino para cada uno lo que necesita en dependencia del nosotros que queremos expresar.
6. Es posible la oxigenación comunitaria cada vez que tomamos conciencia real de nuestra edad. Querer hacer como si todo vale, o da igual o no tiene importancia, es estar condicionando las posibilidades reales de lo que llamamos comunidad.
7. Lo *inter* no es una signatura para dar por supuesta o aprobada. Es la realidad en la cual se encarna la consagración. Es además la posibilidad real de que se de el futuro, sobre todo, cuando las personas mayores no son esclavas de su pasado.
8. Ser comunidad «inter» es abrazar el presente. No hay que tener miedo a los distintos acentos, necesidades o pecados. Sólo desde la experiencia fundante del encuentro y la reconciliación, nuestras congregaciones pueden significar algo en este contexto social fragmentado.
9. Para que haya comunidad «inter» tiene que haber mentes abiertas, que es un signo de vocación. No deja de ser ambiguo que aparentemente ofrezcamos una vida abierta y libre en las propuestas de pastoral vocacional y éstas se transformen en ataduras, condicionamientos y precios en cuanto vivimos juntos en comunidad. En realidad, el aspecto más débil de nuestra vida religiosa estriba en los cauces de acogida que no acaban de aligerar los ritmos comunitarios, ni de superar la tentación de “crear procesos”... La situación comunitaria actual está dependiendo, en buena medida, de un estilo de pastoral vocacional que es más voluntarista que vital.
10. Finalmente. Esta era necesita claridad y que dediquemos tiempo a lo que necesita más tiempo y relativicemos algunos esfuerzos que hoy más que generar vida nos desgastan. La tarea pedagógica y terapéutica de la comunidad «inter» tiene tres frentes abiertos: uno es **el encuentro con Dios** (silencio, contemplación e interioridad), la comunidad no crece ni con dinámicas, ni con ejercicios de aparente comprensión de la realidad, sino con Dios vivido en este tiempo, y dos, **la traducción de nuestra**

comunidad a esta realidad, sobre todo, a los heridos y heridas de la vida. Y tres, **recrear una estética de la fragilidad y la pobreza**. Creo que estos tres principios los necesitamos todas las edades y culturas, nos unen y además nos proporcionarán la vida misionera que hoy parece amenazada.